

*Volumen XCIV de la Colección Aprendizaje*

*Dirigida por: Amelia Alvarez*

*Pablo del Río*

*Título original: Sobrania Sochinenii Tom vtoroi. Problemi obshei  
psijologuii*

*Traducción: José María Bravo*

© Editorial Pedagógica, Moscú 1982.

© De la presente edición

VISOR DISTRIBUCIONES, S. A.

Tomás Bretón, 55 - 28045 Madrid.

ISBN: 84-7774-996-5 (Obra completa)

ISBN: 84-7774-094-1 (Tomo II)

Depósito Legal: M. 36.865-1993

Visor Fotocomposición.

Impreso en España - *Printed in Spain.*

Gráficas Rógar. Fuenlabrada (Madrid)

# Pensamiento y palabra

«He olvidado la palabra que quería pronunciar  
y el pensamiento incorpóreo regresa al reino de las sombras.»  
(O. E. Mandelshtam, *La golondrina*)\*

## 1

Hemos emprendido nuestra investigación con el propósito de descubrir la relación existente entre el pensamiento y la palabra en las primeras etapas del desarrollo filológico y ontogenético. Hemos encontrado que el comienzo del desarrollo del pensamiento y la palabra, período prehistórico en la existencia del pensamiento y del lenguaje, no descubre relaciones específicas ni ningún género de dependencia entre sus raíces genéticas. Resulta, por consiguiente, que las relaciones internas que buscábamos no son una magnitud dada desde el principio, no constituyen el fundamento previo ni el punto de partida del desarrollo ulterior; por el contrario, surgen y se configuran tan sólo durante el proceso de desarrollo histórico de la conciencia humana. No son la premisa, sino el producto del proceso de formación del ser humano.

Resulta además que en las formas superiores del desarrollo animal, en los antropoides, el lenguaje, similar al humano en el aspecto fonético, no guarda relación alguna con el intelecto, afín también al del hombre. Y en el estadio inicial del desarrollo infantil hemos podido constatar sin duda la existencia de un estadio preintelectual en el proceso de formación del lenguaje y un estadio preverbal en el desarrollo del pensamiento. El pensamiento y la palabra no están relacionados entre sí a través de un vínculo primario. Esa relación surge, cambia y crece en el transcurso del propio desarrollo del pensamiento y la palabra.

Al mismo tiempo, sería un error, como hemos tratado de aclarar al comienzo de nuestra investigación, considerar el pensamiento y el lenguaje como dos procesos ajenos el uno al otro, como dos fuerzas independientes que transcurren y actúan en paralelo o se encuentran en puntos aislados y establecen una interacción mecánica. La ausencia de un vínculo inicial entre el pensamiento y la palabra no significa de ningún modo que sólo pueda surgir como una conexión externa entre dos formas heterogéneas de actividad de la conciencia. Por el contrario, según hemos intentado demostrar, el defecto metodológico fundamental de la gran mayoría de las investigaciones

\* Una de las versiones de la poesía de O. E. Mandelshtam, «La Golondrina». [Nota de la edición rusa.]

sobre el pensamiento y el lenguaje, defecto que ha condicionado la inutilidad de esos trabajos, ha consistido precisamente en interpretar las relaciones entre el pensamiento y la palabra considerando ambos procesos como elementos independientes e aislados de cuya unión externa surge el pensamiento verbal con todas sus propiedades.

Hemos tratado de demostrar que el método de análisis inspirado en semejante presunción está condenado de antemano al fracaso porque, para explicar las propiedades del pensamiento verbal como un todo, lo descompone en sus elementos —el lenguaje y el pensamiento—, ninguno de los cuales encierra las propiedades inherentes a un todo. Con lo cual, dicho método de análisis se cierra el camino para explicar estas propiedades. Al investigador que recurre a este método lo hemos comparado con el individuo que para explicar por qué el agua apaga el fuego analizase por separado las propiedades del oxígeno y del hidrógeno y observara sorprendido que el hidrógeno es inflamable y el oxígeno mantiene la combustión. Desearíamos demostrar a continuación que el análisis por descomposición en elementos no es de hecho un verdadero análisis, aplicable a la resolución de problemas concretos en cualquier tipo de fenómenos. Esto es más bien *la elevación a lo general*, que la descomposición en elementos y la identificación de lo particular, que encierra el fenómeno sometido a la explicación. Por su propia esencia, este método conduce antes a la generalización que al análisis. En efecto, decir que el agua está compuesta de hidrógeno y oxígeno significa decir algo referido en igual medida al agua en general y a todas sus propiedades: dice lo mismo del Océano Pacífico que de una gota de agua, lo mismo de la propiedad del agua para apagar el fuego que del principio de Arquímedes. Igualmente, decir que el pensamiento verbal encierra procesos intelectuales y funciones verbales, en resumidas cuentas, significa decir algo referido por igual al pensamiento verbal en su totalidad y a cada una de sus propiedades. Significa, en definitiva, no decir nada del problema concreto que se le plantea a la investigación del pensamiento verbal.

Por eso, hemos intentado desde el primer momento adoptar otro punto de vista, plantear el problema de otra forma y utilizar otro método de análisis en la investigación. Hemos tratado de sustituir el análisis del pensamiento verbal basado en la descomposición en elementos por el basado en la división en *unidades*, interpretando estas últimas como los productos del análisis que, a diferencia de los elementos, constituyen los componentes primarios, no respecto a la generalidad del fenómeno a estudiar, sino sólo respecto a sus características y propiedades concretas. Dichas unidades, a diferencia de los elementos, no pierden las propiedades inherentes al todo que deben ser objeto de explicación, sino que encierran en su forma más simple y primaria esas propiedades del todo que han motivado el análisis. La unidad resultante del análisis resume las propiedades inherentes al pensamiento verbal como un todo.

Hemos encontrado esta unidad, que refleja la unión del pensamiento y el lenguaje, en la forma más simple, en el *significado de la palabra*. El signifi-

cado de la palabra, como hemos intentado explicar anteriormente, es la unidad de ambos procesos, que no admite más descomposición y acerca de la cual no se puede decir qué representa: un fenómeno del lenguaje o del pensamiento. Una palabra carente de significado no es una palabra, es un sonido huero. Por consiguiente, el significado es el rasgo necesario, constitutivo de la propia palabra. El significado es la propia palabra vista desde su aspecto interno. Por tanto, parece como si tuviéramos derecho a considerarla con suficiente fundamento como un fenómeno del lenguaje. Pero en el aspecto psicológico, el significado de la palabra no es más que una generalización o un concepto, como hemos podido convencernos repetidas veces a lo largo de la investigación. Generalización y significado de la palabra son sinónimos. Toda generalización, toda formación de un concepto constituye el más específico, más auténtico y más indudable acto de pensamiento. Por consiguiente, tenemos derecho a considerar el significado de la palabra como un fenómeno del pensamiento.

Esto significa que el significado de la palabra es a la vez un fenómeno verbal e intelectual. Y esa pertenencia simultánea a dos ámbitos de la vida psíquica no es sólo aparente. El significado de la palabra es un fenómeno del pensamiento sólo en la medida en que el pensamiento está ligado a la palabra y encarnado en ella y viceversa, es un fenómeno del lenguaje sólo en la medida en que el lenguaje está ligado al pensamiento e iluminado por él. Es un fenómeno del pensamiento verbal o de la palabra con sentido, es la *unidad* del pensamiento y la palabra.

Después de lo dicho, consideramos que esta tesis, fundamental en nuestra investigación, no necesita nuevas confirmaciones. Nuestras investigaciones experimentales la han confirmado y justificado al demostrar que, operando con el significado de la palabra como unidad del pensamiento verbal, tenemos la posibilidad efectiva de analizar en concreto el desarrollo del mismo y explicar las principales características de sus diferentes fases. Pero el hallazgo más importante no es esta tesis en sí, sino su consecuencia, que representa la conclusión central y de mayor trascendencia de nuestras investigaciones. Hemos demostrado que los significados de las palabras *evolucionan*. El descubrimiento de los cambios en los significados de las palabras y su desarrollo es lo nuevo y esencial que ha aportado nuestra investigación al conocimiento acerca del pensamiento y el lenguaje. Este descubrimiento es el más importante y nos permite por vez primera superar definitivamente el postulado de la constancia y la invariabilidad del significado de la palabra, fundamento de las anteriores teorías del pensamiento y lenguaje.

Desde el punto de vista de la antigua psicología, la relación entre la palabra y el significado es una simple relación asociativa, establecida gracias a la repetida coincidencia en la conciencia de la percepción de la palabra y la cosa denominada con esa palabra. La palabra recuerda a su significado con la misma exactitud con que el abrigo de una persona recuerda a esa persona o como el aspecto exterior de una casa recuerda a las personas que la habitan. Desde este punto de vista, el significado de la palabra, una vez que ha sido

establecido, no puede desarrollarse ni cambiar en absoluto. La asociación que liga la palabra y el significado puede fortalecerse o debilitarse, puede enriquecerse mediante una serie de conexiones con otros objetos del mismo género, puede extenderse por analogía o contigüidad a un círculo más grande de otros objetos, o, al contrario, reducir o limitar este círculo con otras palabras, ella puede experimentar una serie de cambios cuantitativos y externos, pero no puede modificar su naturaleza psicológica interna, ya que para ello tendría que dejar de ser lo que es, una asociación.

Naturalmente, desde este punto de vista, la evolución del lenguaje en su aspecto semántico, el desarrollo del significado de las palabras resulta inexplicable e imposible. Esto se ha manifestado tanto en la lingüística como en la psicología del lenguaje del niño y del adulto. La rama de la lingüística que se ocupa de estudiar el aspecto significativo del lenguaje —la semántica—, al adoptar la concepción asociacionista, viene considerando el significado de la palabra como la asociación entre una forma sonora y el contenido de objeto al que se refiere. Así, en definitiva, todas las palabras —desde las más concretas a las más abstractas— están estructuradas de la misma forma en el aspecto del sentido y ninguna de ellas encierra nada específico desde el punto de vista del lenguaje. El enlace asociativo entre la palabra y el significado es el fundamento psicológico del lenguaje con sentido, un fundamento similar al de procesos tales como el recordar a una persona al ver su abrigo. La palabra nos hace recordar su significado, lo mismo que una cosa cualquiera puede recordarnos otra. No es extraño, por tanto, que la semántica, al no encontrar nada específico en la conexión entre palabra y significado, haya sido incapaz de plantearse el problema de la evolución de la dimensión del sentido del lenguaje, la cuestión del desarrollo de los significados de las palabras. Todo el desarrollo se reducía exclusivamente a cambios en las conexiones asociativas entre determinadas palabras y objetos: la palabra podía significar primero un objeto y luego asociarse con otro objeto; como un abrigo puede recordarnos primero a una persona y luego, al cambiar de dueño, a otra. Para la lingüística, la evolución del sentido del lenguaje se agota en el cambio del objeto al que se refiere la palabra. Para la lingüística sigue siendo extraña la idea de que a lo largo del desarrollo histórico de la lengua varían la estructura del sentido del significado y su naturaleza psicológica. La lingüística no ha comprendido que el significado, partiendo de las formas inferiores y más primitivas de generalización del pensamiento verbal, llega a formas superiores y de máxima complejidad que encuentran su expresión en los conceptos abstractos. Que, en definitiva, a lo largo del desarrollo histórico de la lengua varía no sólo el contenido de la palabra en cuanto al objeto referido, sino también el propio carácter del reflejo y de la generalización de la realidad en la palabra.

La perspectiva asociacionista resulta igualmente inadecuada para explicar el desarrollo de la dimensión del sentido del lenguaje en la edad infantil. El desarrollo del significado de la palabra en el niño puede concebirse tan sólo como cambios puramente externos y cuantitativos en los vínculos asociativos de unión entre la palabra y el significado, como el enriquecimiento y conso-

lidación de esos vínculos. El que la propia estructura y naturaleza de la relación entre la palabra y el significado pueda cambiar, como de hecho cambia, en el curso del desarrollo del lenguaje infantil es algo inexplicable desde el punto de vista asociacionista.

Por último, desde esa perspectiva tampoco podemos hallar en el funcionamiento del pensamiento verbal del adulto nada más que un movimiento lineal continuo en un plano siguiendo los caminos asociativos de la palabra a su significado y del significado a la palabra. Así, la comprensión del lenguaje es una cadena de asociaciones que surgen en la mente, bajo la influencia de conocidas imágenes de las palabras. Y la expresión del pensamiento en la palabra sería el movimiento opuesto a través de esos mismos caminos asociativos que van de los objetos representados en el pensamiento a su designación verbal. El enlace asociativo asegura en todo momento esta conexión bilateral entre dos líneas: unas veces el abrigo puede recordarnos a su propietario y otras veces la persona puede hacernos recordar su abrigo. La comprensión del lenguaje y la expresión del pensamiento en la palabra no implican, por tanto, nada nuevo y nada específico en comparación con cualquier acto de evocación y de conexión asociativa.

Aunque hace bastante tiempo que fue reconocida y demostrada experimental y teóricamente la inconsistencia de la teoría asociacionista, ello no ha influido en absoluto en la vigencia de la interpretación asociacionista de la naturaleza de la palabra y su significado. La escuela de Wurtzburgo, cuyo propósito principal era demostrar la imposibilidad de reducir el pensamiento al curso asociativo de las ideas, la imposibilidad de explicar la movilidad, la cohesión y el recuerdo de los pensamientos desde los principios asociacionistas y demostrar la existencia de leyes específicas que regulan el curso de los pensamientos, no sólo no ha hecho nada para revisar las concepciones asociacionistas sobre la naturaleza de las relaciones entre la palabra y el significado, sino que ni siquiera se ha pronunciado sobre la necesidad de tal revisión. Separó el lenguaje y el pensamiento, dando a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. Liberó el pensamiento de todo lo sensitivo y figurativo y del poder de las leyes asociativas y lo transformó en un acto puramente espiritual. Con ello, retrocedió a los orígenes de la concepción espiritualista precientífica de San Agustín<sup>1</sup> y de Descartes<sup>2</sup> y se abocó finalmente al idealismo subjetivo extremo en la teoría del pensamiento. Külpe, yendo más lejos que Descartes, llegó a declarar: «No sólo decimos “pienso, luego existo”, sino “el mundo existe tal y como lo pensamos y definimos”» (1914, p. 81). El pensamiento era de Dios y fue entregado a Dios. Como reconocía el propio Külpe, la psicología del pensamiento avanzaba hacia las ideas de Platón.

Al mismo tiempo, al liberar el pensamiento de todo lo sensitivo y transformarlo en un acto espiritual puro y estéril, estos psicólogos lo separaron del lenguaje. Y dejaron el lenguaje completamente a merced de los principios asociacionistas. La relación entre la palabra y su significado continuó siendo considerada como una simple asociación aún después de los

trabajos de la escuela de Wurtzburgo. La palabra era una manifestación externa del pensamiento, una vestidura sin participación alguna en su vida interior. Nunca se habían visto el pensamiento y el lenguaje tan separados y tan apartados uno de otro en las ideas de los psicólogos como durante la época de Wurtzburgo. La superación del asociacionismo en el campo del pensamiento reforzó aún más la interpretación asociacionista del lenguaje. Era del César y fue entregado al César.

Los psicólogos sucesores de esta escuela no sólo no pudieron modificar esta tendencia, sino que continuaron profundizándola y desarrollándola. Así, Selz, tras demostrar la inconsistencia de la teoría de las constelaciones del pensamiento productivo, propuso en su lugar una nueva teoría que aumentó y consolidó la ruptura entre el pensamiento y la palabra ya manifiesta desde los primeros trabajos de esta corriente. Selz continuó estudiando el pensamiento en sí, separado del lenguaje, y llegó a la conclusión de que existe una identidad básica entre el pensamiento productivo del hombre y las operaciones intelectuales del chimpancé: dado que la palabra no ha introducido cambio alguno en la naturaleza del pensamiento, la independencia de éste respecto al lenguaje es muy grande.

Incluso Ach, que investigó específicamente el significado de la palabra y fue el primero en intentar superar el asociacionismo en la teoría de los conceptos, no logró llegar en el estudio del proceso de formación de conceptos más allá de reconocer tendencias determinantes junto a las asociativas. Por eso no consiguió superar los límites de las interpretaciones anteriores del significado de la palabra. Al identificar el concepto y el significado de la palabra excluyó toda posibilidad de cambio y evolución en los conceptos. Una vez aparecido, el significado permanece invariable y constante. En el momento de formarse el significado de la palabra termina su desarrollo. Pero eso es lo mismo que enseñaban los psicólogos cuya opinión combatía Ach. La diferencia entre él y sus adversarios consiste únicamente en que ellos describen ese momento inicial en la formación del significado de las palabras de un modo diferente. Pero tanto para uno como para otros el inicio es al mismo tiempo el final del desarrollo del concepto.

Algo parecido encontramos en la psicología estructural moderna\* en relación con el problema del pensamiento y el lenguaje. Esta escuela ha tratado más profundamente y de un modo más riguroso y consecuente que otras de superar el asociacionismo. Por eso no se limitó a una solución de compromiso de la cuestión, como hicieron sus predecesoras. Trató de arrancar del poder de los principios asociacionistas no sólo el pensamiento, sino también el lenguaje, subordinando ambos por igual a los principios de la formación estructural. Sin embargo, esta escuela no ha representado un avance en el problema del pensamiento y el lenguaje, sino un retroceso en comparación con las anteriores.

\* Psicología de la Gestalt. [Nota de la edición española: A. L.]

Ante todo, mantiene la separación total entre el pensamiento y el lenguaje de anteriores concepciones. A la luz de esta nueva teoría, la relación entre el pensamiento y el lenguaje es considerada como una simple analogía, como la reducción de ambos a un común denominador estructural. Para los investigadores adscritos a esta escuela, existe una analogía entre el origen de las palabras infantiles con sentido y la operación intelectual de los chimpancés en los experimentos de Köhler. Explican que la palabra forma parte de la estructura del objeto y adquiere un determinado significado funcional, del mismo modo que para el mono el palo forma parte de la estructura de la situación de obtención del fruto y adquiere el significado funcional de instrumento. De este modo, la relación entre la palabra y el significado deja de ser considerada como una simple relación asociativa; es una relación estructural. Esto es un paso adelante. Pero si observamos atentamente lo que nos proporciona la nueva interpretación, no nos será difícil reconocer que este paso adelante es una simple ilusión y que, de hecho, no hemos avanzado nada respecto a la psicología asociacionista.

En realidad, la palabra y el objeto que designa forman una misma estructura, idéntica a cualquier otra relación estructural entre dos objetos. No implica nada específico para la palabra como tal. Dos objetos cualesquiera, lo mismo si se trata del palo y el fruto o de la palabra y el objeto que designa, se incluyen en una misma estructura, según las mismas leyes. De nuevo la palabra vuelve a ser tan sólo un objeto entre otros objetos. Es un objeto y se une a otros objetos según las leyes estructurales de unión entre objetos. Lo que distingue la palabra de cualquier otro objeto y la estructura de la palabra de cualquier otra estructura, el modo en que la palabra representa el objeto en la conciencia, lo que hace de la palabra una palabra, todo eso queda fuera de la atención de los investigadores. La negación del carácter específico de la palabra y de su relación con los significados y la disolución de estas relaciones en el maremágnum de relaciones estructurales se mantiene plenamente en la nueva psicología tanto como en la antigua.

De hecho, para aclarar las ideas de la psicología estructural acerca de la naturaleza de la palabra podríamos reproducir íntegramente el ejemplo del individuo y su abrigo con el cual intentamos aclarar la noción de la psicología asociacionista sobre la naturaleza de las relaciones entre la palabra y el significado. La palabra recuerda a su significado igual que el abrigo nos recuerda la persona a la que estábamos acostumbrados a ver con él. Esta tesis conserva también su valor para la psicología estructural, ya que para ella el abrigo y la persona que lo lleva constituyen una estructura única del mismo modo que la palabra y la cosa que designa. Que el abrigo pueda recordarnos a su propietario y el aspecto de la persona nos pueda recordar su abrigo también lo explican, desde el punto de vista de la nueva psicología, las leyes estructurales.

Por tanto, el principio de la estructura sustituye al principio de la asociación, pero el *nuevo principio, igual que el anterior, se extiende con el mismo carácter universal e indiferenciado, en general, a todas las relaciones*

*entre las cosas.* A los representantes de la antigua corriente les oímos decir que la relación entre la palabra y su significado se forma igual que la relación entre el palo y el plátano. Pero ¿es que no es ésa la única relación a que nos referíamos en nuestro ejemplo?. La esencia de la cuestión radica en que en la nueva psicología, igual que en la antigua, se excluye de antemano todo intento de explicar las relaciones específicas entre las palabras y su significado. Se considera básicamente que estas relaciones no se diferencian en nada de cualesquiera otras relaciones posibles entre los objetos. Todos los gatos resultan pardos en la oscuridad de las relaciones estructurales, lo mismo que antes resultaba imposible distinguirlos en la oscuridad del asociacionismo universal.

Ach intentó superar la asociación con ayuda de la tendencia determinante y la psicología de la Gestalt con ayuda del principio de la estructura, pero en una y otra se mantienen intactos los dos aspectos principales de la antigua teoría: en primer lugar, la suposición de que la relación entre la palabra y su significado es básicamente idéntica a cualquier relación entre objetos y, en segundo lugar, no contemplan la posibilidad de evolución del significado de la palabra. Lo mismo que para la antigua psicología, para la psicología de la Gestalt se mantiene en vigor la tesis según la cual el desarrollo del significado de la palabra termina cuando surge. Por eso esta nueva orientación en psicología, tan fructífera en campos como la teoría de la percepción y la memoria, produce la sensación de un agotador y monótono estancamiento, de girar alrededor del mismo círculo, cuando trata el problema del pensamiento y el lenguaje. Un principio sustituye a otro. Lo nuevo resulta radicalmente opuesto a lo anterior. Pero, en cuanto a la teoría del pensamiento y el lenguaje, ambas orientaciones se parecen como dos gemelos monocigóticos. Como dice el refrán francés, cuanto más cambia algo, más fiel se mantiene a sí mismo.

Si en la teoría del lenguaje la nueva psicología mantiene las antiguas posiciones y conserva la idea de la independencia del pensamiento respecto a la palabra, en la teoría del pensamiento retrocede. Esto se aprecia especialmente en que la psicología de la Gestalt no reconoce la existencia de leyes propias en el pensamiento, sino leyes estructurales generales. La escuela de Wurtzburgo elevó el pensamiento al rango de un acto puramente espiritual y redujo la palabra al nivel de asociaciones perceptivas inferiores. En eso consiste su error fundamental. Supo, sin embargo, distinguir las leyes específicas que regulan el curso de los pensamientos de las leyes más elementales que regulan el curso de las sensaciones y percepciones. En este sentido, superaba a la nueva psicología. La psicología de la Gestalt reduce a un mismo denominador común estructural tanto la percepción de la gallina doméstica, como las operaciones intelectuales del chimpancé, las primeras palabras con sentido del niño y el pensamiento productivo desplegado por el adulto. No sólo borra cualquier distinción entre la estructura de la palabra con sentido y la del palo y el plátano, sino también la distinción entre la percepción más elemental y las formas superiores del pensamiento.

Resumiendo el resultado de este rápido examen crítico de las principales teorías vigentes acerca del pensamiento y el lenguaje, estas teorías comparten dos rasgos fundamentales. En primer lugar, ninguna de estas orientaciones toma en consideración el aspecto decisivo, lo básico y esencial de la naturaleza psicológica de la palabra, lo que la convierte en palabra y sin lo cual deja de serlo: representa una generalización, un modo de reflejar la realidad en la conciencia completamente distinto. En segundo lugar, todas estas teorías consideran la palabra y su significado con independencia de su desarrollo. Ambos rasgos están relacionados internamente entre sí, ya que sólo una idea adecuada de la naturaleza psíquica de la palabra puede hacernos comprender la posibilidad de desarrollo de la palabra y de su significado. Como estos dos rasgos se repiten en las sucesivas orientaciones, todas coinciden en lo fundamental. Por eso, la discusión y el relevo entre las diferentes corrientes en la psicología actual del pensamiento y el lenguaje recuerdan el epigrama de Heine sobre el reinado del anciano y venerable Shablone, perpetuándose tras morir apuñalado por los sublevados contra él:

«Cuando con solemnidad los herederos  
el reino y el trono hubieron repartido,  
lo que el nuevo Shablone decía,  
dicho por el viejo Shablone parecía».

## 2

El descubrimiento de la variabilidad del significado de las palabras y de su desarrollo es fundamental para sacar al estudio del pensamiento y el lenguaje del callejón sin salida en que se encuentra. El significado de la palabra no es permanente, evoluciona con el desarrollo del niño. Varía también cuando cambian las formas de funcionamiento del pensamiento. No es una formación estática, sino dinámica. La variabilidad del significado sólo se puede determinar cuando se reconoce correctamente la naturaleza del propio significado. Esa naturaleza se manifiesta en la generalización que constituye el contenido de cada palabra, su fundamento y su esencia; toda palabra es una generalización.

En la medida en que la naturaleza interna del significado de la palabra pueda variar, la relación entre el pensamiento y la palabra va a variar también. Para comprender la variabilidad y la dinámica de las relaciones entre el pensamiento y la palabra, debemos complementar el estudio genético de la evolución de los significados, desarrollado en nuestra investigación fundamental, con el estudio transversal del *papel funcional del significado verbal en el acto del pensamiento*.

En todo el transcurso de nuestro trabajo no hemos tenido ocasión de detenernos ni siquiera una vez en el proceso del pensamiento verbal en su conjunto. Sin embargo, ya hemos reunido todos los materiales necesarios para imaginarnos cómo se lleva a cabo este proceso en sus rasgos fundamen-

tales. Ahora intentaremos representarnos globalmente la compleja configuración del proceso del pensamiento tal como se da en la realidad y su complicado curso desde el primer momento —el más confuso— en que surge el pensamiento hasta que culmina definitivamente en su formulación verbal. Para eso, hemos de pasar del plano genético al funcional y describir no el proceso de desarrollo de los significados y de las variaciones de su estructura, sino el proceso de *funcionamiento de los significados en el curso vivo del pensamiento verbal*. Si somos capaces de conseguirlo, lograremos con ello mostrar que en cada fase de desarrollo existe no sólo una estructura especial del pensamiento verbal característica, sino también una relación especial característica entre el pensamiento y el lenguaje determinada por esa estructura. Como es sabido, los problemas funcionales se resuelven con facilidad cuando la investigación se ocupa de formas superiores desarrolladas de una actividad en la que toda la dificultad de la estructura funcional se presenta dividida y madura. Por eso, abandonaremos durante cierto tiempo las cuestiones del desarrollo y nos ocuparemos de estudiar las relaciones del pensamiento y la palabra en la conciencia desarrollada.

Al intentar llevar a cabo este propósito, se nos presenta de inmediato un enorme y complicadísimo cuadro que supera, por la sutileza de su estructura, todos los esquemas que hubiera podido figurarse a este respecto la más rica fantasía de los investigadores. Se ven confirmadas las palabras de Tolstoi, que afirma que «la relación entre la palabra y el pensamiento y la formación de nuevos conceptos constituye un complicado, misterioso y delicado proceso del alma» (1903, p. 143).

Antes de pasar a la descripción de este proceso, anticipándonos a los resultados de la exposición ulterior, hablaremos de la idea principal y rectora, a cuyo desarrollo y explicación deberá servir toda la investigación sucesiva. Esta idea central puede expresarse en la fórmula general: la relación entre el pensamiento y la palabra no es una cosa, sino un proceso, esa relación es el movimiento del pensamiento hacia la palabra y al revés, de la palabra hacia el pensamiento. A la luz del análisis psicológico, esta relación aparece como un proceso en desarrollo, que atraviesa una serie de fases y estadios, en los cuales experimenta los cambios propios del desarrollo. Desde luego, no se trata de un desarrollo relacionado con la edad, sino de un cambio funcional, pero esa evolución del propio proceso del pensamiento desde el pensamiento hasta la palabra es desarrollo. El pensamiento no se manifiesta en la palabra, sino que culmina en ella. A este respecto cabría hablar del proceso de formación (unidad del ser y del no ser) del pensamiento en la palabra. Todo pensamiento trata de unir algo con algo, de establecer una relación entre algo y algo. Todo pensamiento posee movimiento, fluidez, desarrollo, en una palabra, el pensamiento desempeña una función determinada, un trabajo determinado, resuelve una tarea determinada. Ese fluir del pensamiento se efectúa como un movimiento interno a través de toda una serie de planos, como el paso del pensamiento a la palabra y de la palabra al pensamiento. Por eso, la primerísima tarea de todo análisis que desee estudiar la

relación entre el pensamiento y la palabra como el movimiento de el pensamiento hacia la palabra es estudiar las fases que integran este movimiento, diferenciar la serie de planos que recorre el pensamiento encarnado en la palabra. Parafraseando a Shakespeare, ante nosotros aquí se abre mucho más de lo que «tan siquiera soñaron los sabios».

Nuestro análisis nos lleva en primer lugar a diferenciar dos planos en el propio lenguaje. La investigación muestra que el aspecto interno, con sentido, semántico del lenguaje y el externo, el aspecto sonoro, fásico, aunque forman una auténtica unidad, cada uno de ellos tiene sus propias leyes de movimiento. La unidad del lenguaje es compleja, pero no una unidad homogénea. La existencia de un movimiento propio en los aspectos semántico y fásico del lenguaje se pone de manifiesto ante todo en una serie de hechos que se refieren al campo del desarrollo verbal del niño. Señalaremos los dos hechos principales.

Es sabido que el aspecto externo del lenguaje se desarrolla en el niño partiendo de una palabra, encadenando luego dos o tres palabras, pasando a la frase simple y encadenando seguidamente frases, pasando después a las oraciones compuestas y al lenguaje coherente constituido por una serie completa de oraciones. De este modo, el niño se encamina hacia el dominio del aspecto fásico del lenguaje desde las partes hacia el todo. Pero también es sabido que la primera palabra del niño representa por su significado toda una frase completa, una oración de una sola palabra. En el desarrollo del aspecto semántico del lenguaje, el niño comienza por el todo, por la oración, y solamente después pasa a dominar las diferentes unidades semánticas, los significados de las distintas palabras, dividiendo su pensamiento aglutinado, expresado en una oración de una sola palabra, en una serie de significados verbales aislados enlazados entre sí. Por tanto, si consideramos a la vez los momentos inicial y final en el desarrollo del aspecto semántico y fásico del lenguaje, podremos convencernos fácilmente de que este desarrollo sigue direcciones opuestas.

El aspecto semántico del lenguaje se desarrolla desde el todo a la parte, desde la frase a la palabra y el aspecto externo del lenguaje va de la parte al todo, de la palabra a la frase. Sólo este hecho es suficiente para convencernos de la necesidad de distinguir el desarrollo de los aspectos semánticos y sonoros del lenguaje. La evolución de ambos planos no coincide, no se funde en una misma línea evolutiva, sino que avanza en direcciones opuestas, como hemos visto en el caso que hemos analizado. Esto no significa en absoluto una ruptura entre ambos planos del lenguaje, ni la autonomía e independencia de cada uno respecto al otro. Por el contrario la diferenciación de ambos planos constituye el primer paso necesario para establecer su unidad interna. Su unidad presupone la existencia de un movimiento propio en cada uno de los aspectos del lenguaje y la existencia de complejas relaciones entre la evolución de uno y otro. Pero estudiar las relaciones que sirven de base a la unidad del lenguaje será posible tan sólo después que hayamos analizado las diferencias entre ambos gracias a las cuales son posibles estas relaciones

complejas. Si los dos aspectos del lenguaje fueran iguales, coincidiendo y fundiéndose en una línea, no cabría hablar en absoluto de ninguna relación en la estructura interna del lenguaje, ya que son imposibles las relaciones de una cosa consigo misma. En nuestro ejemplo, la unidad interna de los dos aspectos del lenguaje, cuya evolución avanza en sentidos opuestos en el proceso del desarrollo infantil, se manifiesta con la misma claridad que la falta de coincidencia entre ellos. El pensamiento del niño surge inicialmente como un todo difuso e indiferenciado y, precisamente por eso, debe expresarse, en el plano verbal, con una sola palabra. Es como si el niño eligiese para su pensamiento una vestidura verbal a su medida; según se va diferenciando su pensamiento, a medida que se configura con distintas partes, su lenguaje pasa de la parte, la palabra, al todo compuesto. Recíprocamente, el progreso del niño desde la palabra a la oración diferenciada, permite avanzar al pensamiento desde la unidad global a las partes bien definidas.

El pensamiento y la palabra no están cortados por el mismo patrón. En cierto sentido, hay entre ellos más bien una contradicción que una concordancia. La estructura del lenguaje no es el simple reflejo especular de la estructura del pensamiento. Por eso el pensamiento no puede usar el lenguaje como un traje a medida. El lenguaje no expresa el pensamiento puro. El pensamiento se reestructura y se modifica al transformarse en lenguaje. El pensamiento no se expresa en la palabra, sino que se realiza en ella. Por eso, los procesos de desarrollo de los aspectos semántico y verbal del lenguaje, dirigidos en sentido contrario, constituyen en esencia uno solo, gracias precisamente a sus direcciones opuestas.

Otro hecho, no menos importante, se refiere a una etapa más tardía de desarrollo. Como hemos recordado, Piaget demostró que el niño domina antes la compleja estructura de la oración subordinada con las conjunciones «porque» «aunque» «como» o «pero» que las estructuras atribuidas de sentido correspondientes a esas formas sintácticas. El desarrollo de la gramática precede al de la lógica. El niño de edad escolar, que utiliza correcta y adecuadamente en el lenguaje espontáneo y en las situaciones oportunas las conjunciones que expresan dependencias causales, consecutivas, temporales, adversativas, condicionales y otras, no toma conciencia todavía del significado de esas conjunciones y no es capaz de utilizarlas voluntariamente. Esto significa que la evolución de los aspectos semántico y fásico de la palabra no coinciden en el desarrollo del dominio de las estructuras sintácticas complejas. El análisis de la palabra podría mostrar de nuevo, como en el caso anterior, que esa falta de coincidencia entre la gramática y la lógica en el desarrollo del lenguaje infantil no sólo no excluye su unidad, sino que, por el contrario, es la única causa de esta unidad interna entre el significado y la palabra y, al mismo tiempo, revela sus complejas relaciones.

Menos directamente, pero de forma más pronunciada, se manifiesta esa falta de coincidencia de los aspectos semántico y fásico del lenguaje en el funcionamiento del pensamiento desarrollado. Para demostrarlo debemos

trasladar nuestro examen del plano genético al funcional. Si bien los hechos extraídos del estudio de la génesis del lenguaje también nos permiten llegar a ciertas conclusiones importantes en relación con ese aspecto funcional. Si, como hemos visto, los aspectos semántico y sonoro del lenguaje se desarrollan en sentidos opuestos a lo largo de toda la infancia temprana, es muy comprensible que en cualquier momento dado, sea cual sea el punto en que estudiemos la correlación entre estos dos planos del lenguaje, jamás descubriremos una total coincidencia. Mucho más ilustrativos son los datos que se desprenden del análisis funcional del lenguaje. Estos datos han sido muy bien estudiados por la lingüística actual de orientación psicológica. De toda la serie de datos que se refieren a esta cuestión, el lugar más destacado lo ocupa la discrepancia entre el sujeto y el predicado gramatical y psicológico.

Quizás no existe, dice Vossler, un camino más erróneo para interpretar el significado psicológico de un fenómeno lingüístico que el camino de la interpretación gramatical. En él surgen obligatoriamente errores de interpretación, debidos a la falta de correspondencia entre la organización psicológica y gramatical del lenguaje. Uhland<sup>3</sup> comienza el prólogo de su obra *«Ernst Herzog von Schwaben»* con las siguientes palabras: «Pasarán ante vosotros trágicas escenas». Desde el punto de vista de la estructura gramatical «trágicas escenas» es el sujeto y «pasarán ante vosotros» el predicado. Pero desde el punto de vista de la estructura psicológica de la frase, desde el punto de vista de lo que quiso decir el poeta, «pasarán ante vosotros» es el sujeto y «trágicas escenas» el predicado. Con estas palabras Uhland quiso decir: «lo que sigue es una tragedia». En la conciencia del oyente lo primero fue la idea de que iba a ser testigo de un espectáculo. Eso es lo que dice la mencionada frase, es decir, el sujeto psicológico. Lo nuevo que se expresa sobre ese sujeto es la idea de la tragedia, que es precisamente el predicado psicológico.

Esta falta de coincidencia entre el sujeto y el predicado gramatical y psicológico se puede explicar con mayor claridad en el siguiente ejemplo. Tomemos la frase: «El reloj se ha caído» en la que «el reloj» es el sujeto y «se ha caído» el predicado, y supongamos que esta frase se pronuncia dos veces en situación diferente, y, por consiguiente, expresa de igual forma dos pensamientos diferentes. Me fijo en que el reloj se ha parado y pregunto qué ha sucedido. Me contestan: «El reloj se ha caído». En este caso, en mi conciencia surge antes la idea del reloj. El reloj es en este caso el sujeto psicológico, es de lo que se habla. En segundo lugar, surge la idea de que se había caído. «Se ha caído» es en el presente caso el predicado psicológico, lo que se dice acerca del sujeto. En este caso, la división gramatical y psicológica de la frase coincide, pero puede no coincidir. Trabajando sentado a la mesa, oigo el ruido de un objeto que se ha caído y pregunto qué se ha caído. Me responden con la misma frase: «El reloj se ha caído». En este caso, en mi conciencia surge antes la idea de la caída. «Se ha caído» es de lo que se habla en esta frase, es decir, el sujeto psicológico. Lo que se dice sobre este sujeto, lo que surge en segundo lugar en la conciencia, es la idea del reloj, que en este caso será precisamente el predicado psicológico. En esencia,

este pensamiento puede expresarse así: «Lo que se ha caído es el reloj». En este caso, el predicado psicológico y gramatical habrían coincidido, en el nuestro no coinciden.

El análisis de este ejemplo pone de manifiesto que en una frase compleja cualquier elemento de la oración puede convertirse en predicado psicológico, en cuyo caso recaerá sobre él el acento lógico, cuya función semántica consiste precisamente en destacar el predicado psicológico. En opinión de Paul<sup>4</sup>, la categoría gramatical representa en cierto grado la categoría psicológica fosilizada y por eso necesita revivir con ayuda del acento lógico, que pone de manifiesto su estructura semántica. Paul mostró cómo en una misma estructura gramatical pueden encerrarse intenciones muy diferentes. Es posible que la correspondencia entre la estructura gramatical y psicológica del lenguaje no se presente con tanta frecuencia como suponemos. Más bien incluso podemos decir que sólo la postulamos nosotros y rara vez o nunca se alcanza en la realidad. En todos los terrenos —en la fonética, la morfología, el léxico y la semántica, incluso en la rítmica, la métrica y la música— tras las categorías gramaticales o formales se ocultan las categorías psicológicas. Si en un caso se encubren una a otra, en otros vuelven a separarse de nuevo. No sólo se puede hablar de los elementos psicológicos de la forma y el significado, de los sujetos y los predicados psicológicos. Con el mismo derecho se puede hablar también del número, el género, el caso, del pronombre, del grado superlativo, del tiempo futuro, etc. psicológicos. Junto a los conceptos gramaticales y formales de sujeto, predicado, género, habría que admitir la existencia de sus dobles o prototipos psicológicos. Lo que para la lengua constituye un error, puede tener valor literario si es original. El verso de Pushkin:

«Igual que me disgustan los labios sin sonrisa,  
me disgusta escuchar la lengua rusa sin faltas gramaticales.»

[*Eugenio Onieguin*, cap. 3, verso 28]

tiene un significado más profundo de lo que suele pensar. La total eliminación de las faltas de correspondencia en favor de una expresión absolutamente correcta se logra tan sólo más allá del lenguaje natural y sus normas: en las matemáticas. El primero en ver en las matemáticas una forma de pensamiento nacida del lenguaje, al que había superado fue, al parecer, Descartes. Nuestro lenguaje hablado corriente, debido a sus fluctuaciones y a la falta de correspondencia entre lo gramatical y lo psicológico, evoluciona fluctuando continuamente entre los ideales de armonía de las matemáticas y de la fantasía.

Hemos presentado todos estos ejemplos para mostrar la falta de coincidencia entre los aspectos fásico y semántico del lenguaje; al mismo tiempo, ponen de manifiesto que esa falta de coincidencia no sólo no excluye la unidad de uno y otro, sino que, por el contrario, presupone necesariamente esa unidad. Porque esa falta de coincidencia no sólo no impide que el

pensamiento se realice en la palabra, sino que constituye la condición necesaria para que el paso del pensamiento a la palabra se pueda realizar. Vamos a aclarar con dos ejemplos el modo en que el cambio de las estructuras formal y gramatical da lugar a una muy profunda variación del significado del lenguaje, al objeto de ilustrar esa dependencia interna entre los dos planos lingüísticos. A traducir la fábula «La cigarra y la hormiga» Krylov sustituye la cigarra de La Fontaine por una libélula, dándole el epíteto de «saltarina». En francés cigarra es femenino, y por lo tanto es una palabra totalmente adecuada para encarnar la imagen de la ligereza y despreocupación femeninas. Al traducir al ruso «la cigarra y la hormiga» desaparecería irremisiblemente este matiz semántico en la representación de veledad, porque en ruso cigarra es masculino; pero en la versión de Krylov el género gramatical predomina sobre el significado literal: la cigarra se convierte en libélula, manteniendo, no obstante, todos los rasgos de la primera (era saltarina y cantaba, a pesar de que la libélula ni salta ni canta). La correcta traducción de todo su significado exigía necesariamente mantener también la categoría gramatical del género femenino en el personaje de la fábula.

Lo contrario ocurre en la traducción de la poesía de Heine «El pino y la palmera». En alemán, «abeto» es masculino, y «palmera» femenino, con lo cual la historia sugiere el contenido simbólico del amor a una mujer. Para conservar el matiz semántico del texto alemán [en ruso los nombres de ambos árboles son del género femenino] Tiútchev sustituye el pino por un cedro: «el cedro se yergue solitario». Lérmontov, en una traducción más literal del mismo poema, lo privó de ese matiz semántico y con ello le dio un sentido notablemente diferente, más abstracto y generalizado. Así, la sola variación de un detalle gramatical puede alterar totalmente el significado de lo que se dice.

Si intentamos hacer un resumen de lo que nos ha proporcionado el análisis de los dos planos del lenguaje, se puede decir que la falta de coincidencia de estos planos, la existencia de un segundo plano, interno, del lenguaje, que se halla tras las palabras, la independencencia de la gramática del pensamiento de la sintaxis de las expresiones verbales nos obliga a ver en la más sencilla manifestación verbal no la relación dada de una vez para siempre, inmóvil y constante, entre los aspectos semántico y sonoro del lenguaje, sino el movimiento, la transición de la sintaxis de los significados a la sintaxis verbal, la transformación de la gramática del pensamiento en la de las palabras, la modificación de la estructura semántica cuando se encarna en las palabras.

Si los aspectos fásico y semántico del lenguaje no coinciden, es evidente que la expresión verbal plena no puede ser inmediata, ya que la sintaxis semántica y la verbal no surgen, como hemos visto, simultánea y conjuntamente, sino que presuponen la transición de la una a la otra. Pero ese complejo proceso de transición de los significados a los sonidos evoluciona y constituye una de las líneas fundamentales de desarrollo del pensamiento

verbal. Esa diferenciación del lenguaje en sus aspectos semántico y sonoro no se produce repentinamente desde el mismo comienzo, sino que surge tan sólo en el curso del desarrollo: el niño debe aprender a distinguir los dos aspectos del lenguaje, tomar conciencia de su diferencia y la naturaleza de cada uno de ellos para hacer posible la descendencia por la escalera que se presupone naturalmente en el proceso vivo del lenguaje con sentido. Inicialmente el niño no tiene conciencia de las formas y los significados verbales y no diferencia unos y otros. El niño percibe la palabra y su estructura fonética como parte integrante del objeto o como su propiedad inherente de otras propiedades. Al parecer, este fenómeno es característico de la conciencia lingüística primitiva. Humboldt<sup>5</sup> cita una anécdota en la que se cuenta que un campesino, al escuchar la conversación de unos estudiantes de astronomía acerca de las estrellas, les dijo: «No me sorprende que los sabios con sus instrumentos hayan logrado medir la distancia entre la Tierra y las estrellas más lejanas y además conocer su tamaño y su curso, pero ¿cómo han podido descubrir sus nombres?» Suponía el campesino que el nombre de las estrellas sólo podía saberse de ellas mismas.

Sencillos experimentos con niños demuestran que en la edad preescolar el niño explica el nombre de los objetos a partir de sus atributos: «una vaca se llama «vaca» porque tiene cuernos, «ternero» —porque tiene los cuernos todavía pequeños—, «caballo» porque no tiene cuernos, o «perro» porque no tiene cuernos y es pequeño; «automóvil» porque no es un animal.» A la pregunta de si se puede cambiar el nombre de un objeto por el de otro, por ejemplo, llamar «tinta» a la vaca y «vaca» a la tinta, los niños responden que eso es completamente imposible porque con la tinta escribimos y la vaca da leche. El intercambio de los nombres significa algo así como el intercambio de las propiedades de una cosa a otra, tan estrecha e indisolublemente ligadas entre sí están las propiedades de las cosas y las denominaciones de éstas. La dificultad que experimenta el niño para trasladar el nombre de una cosa a otra se ve en los experimentos en que, de acuerdo con las consignas, se dan nombres convencionales a los objetos. En la prueba se intercambian los nombres «vaca»-«perro» y «ventana»-«tinta». Veamos un diálogo típico:

—«Si el perro tiene cuernos, ¿dará leche?» le preguntan al niño.

—«Sí, dará».

—«¿Tiene cuernos la vaca?»

—«Sí, tiene».

—«Recuerda que «vaca» es perro, ¿acaso el perro tiene cuernos?»

—«Claro, si es vaca y se llama así, «vaca» tendrá que tener cuernos. Como se llama «vaca» quiere decir que tiene cuernos. El perro que se llama «vaca» tiene que tener unos cuernos pequeños».

Vemos lo difícil que le resulta al niño separar el nombre de la cosa de sus propiedades y cómo en las transferencias las propiedades del objeto siguen al nombre, lo mismo que los bienes siguen a su propietario. Iguales resultados

obtenemos en las preguntas sobre las propiedades de la tinta y de la ventana cuando cambiamos sus nombres. Al principio, las respuestas correctas se suceden con gran dificultad, pero a la pregunta de si la tinta es transparente obtenemos una contestación negativa. El experimentador le recuerda: «Pero, tinta es ventana y ventana es tinta». El niño contesta: «La tinta es tinta y no es transparente».

Con este ejemplo queríamos ilustrar la tesis de que *el aspecto sonoro y auditivo de la palabra representa para el niño una unidad directa, indiferenciada y no consciente*. Una de las líneas más importantes del desarrollo del lenguaje del niño consiste precisamente en que esa *unidad comienza a diferenciarse y a ser consciente*. Por tanto, al principio del desarrollo se produce la fusión de los dos planos del lenguaje y su división paulatina, de modo que la distancia entre ellos aumenta con la edad. A cada etapa del desarrollo de los significados de las palabras y de su carácter consciente le corresponde su relación específica entre los aspectos semántico y fásico del lenguaje y un modo particular de transición del significado al sonido. La insuficiente diferenciación de los dos planos del lenguaje guarda relación con la limitación de las posibilidades de expresar el pensamiento y de su comprensión de él en las edades tempranas.

Si tenemos en cuenta lo que hemos dicho al principio de nuestra investigación sobre la función comunicativa de los significados, estará claro que la comunicación del niño con ayuda del lenguaje guarda una relación directa con la diferenciación y la toma de conciencia de los significados verbales en su lenguaje.

Para aclarar esta idea hemos de detenernos en una característica extraordinariamente importante de los significados de las palabras, que hemos recordado ya al analizar los resultados de nuestros experimentos. Hemos diferenciado en la estructura semántica de la palabra su relación con los objetos y su significado y hemos procurado mostrar que una y otro no coinciden. En el aspecto funcional esto nos ha llevado a diferenciar las funciones indicativas y nominativas de la palabra por un lado y su función significativa por otro. Si comparamos estas relaciones estructurales y funcionales al comienzo, a la mitad y al final del desarrollo, podremos convencernos de la existencia de la regularidad genética siguiente: al principio del desarrollo, en la estructura de la palabra existe exclusivamente su relación con el objeto y, en cuanto a sus funciones, sólo la indicativa y la nominativa; el significado independiente de la relación con el objeto, por una parte, y la significación independiente de la indicación y de la denominación del objeto, por otra, surgen después y se desarrollan según los caminos que hemos tratado de observar y describir más arriba.

En tales circunstancias, resulta que, desde el mismo principio de su aparición, estas características estructurales y funcionales de la palabra se orientan en sentidos contrapuestos. Por un lado, la atribución de la palabra al objeto se manifiesta en el niño con mucha mayor claridad y fuerza que en el adulto: para el niño, la palabra representa una parte de la cosa, una de sus

propiedades, la palabra está unida al objeto mucho más estrechamente que la palabra del adulto. Eso es lo que más condiciona el peso específico de la atribución al objeto en la palabra infantil. Por otro lado, debido precisamente a que en el niño la palabra está ligada al objeto mucho más que en los adultos y representa algo así como una parte del objeto, puede desligarse de él con más facilidad que en el adulto, sustituirlo en los pensamientos y vivir una vida independiente. Por tanto, la insuficiente diferenciación de la atribución de la palabra al objeto y del significado de la palabra da lugar a que la palabra del niño esté a la vez más próxima a la realidad y más lejos de ella que la palabra del adulto. Al principio, el niño no diferencia el significado verbal y el objeto, el significado y la forma sonora de la palabra. A lo largo del desarrollo, esa diferenciación se produce a medida que se desarrolla la generalización y, al final del mismo, donde nos encontramos ya con conceptos verdaderos, surgen las complejas relaciones entre los distintos planos del lenguaje a los cuales nos hemos referido más arriba.

Esta diferenciación de los dos planos del lenguaje, que crece con los años, es acompañada también por el curso evolutivo del pensamiento cuando la sintaxis de los significados se transforma en sintaxis de las palabras. El pensamiento deja la huella del acento lógico en una de las palabras de la frase, destacando con ello el predicado psicológico, sin el cual toda frase resulta incomprensible. El habla exige pasar del plano interno al externo, mientras que la comprensión presupone el movimiento contrario, del plano externo del lenguaje al interno.

### 3

Pero demos un paso más en el camino que nos hemos trazado y penetremos más profundamente en el aspecto interno del lenguaje. El plano semántico del lenguaje es sólo el inicial y primero de todos sus planos internos. Tras él, se abre al investigador el plano del lenguaje interno. Sin comprender acertadamente su naturaleza psicológica no existe ni puede existir posibilidad alguna de poner en claro la relación entre el pensamiento y la palabra en su verdadera complejidad. Este problema constituye posiblemente una de las cuestiones más complicadas en el estudio del pensamiento y el lenguaje.

La confusión comienza con la vaguedad terminológica. El término «lenguaje interno» o «endofasia» se aplica en literatura a los fenómenos más diversos. De ahí surge toda una serie de equívocos, ya que los investigadores discuten con frecuencia sobre cosas diferentes, designándolas con el mismo término. No hay posibilidad de reducir a un sistema cualquiera nuestros conocimientos sobre la naturaleza del lenguaje interno si no intentamos antes poner en claro la terminología empleada. Como nadie ha realizado hasta ahora este trabajo, no es de extrañar que no hallemos en ninguno de

los autores una expresión más o menos sistemática ni tan siquiera de sencillos datos reales sobre la naturaleza del lenguaje interno.

Al parecer, el significado inicial de este término fue la interpretación del lenguaje interno como memoria verbal. Puedo recitar de memoria una poesía que he aprendido, pero también puedo limitarme a repetirla en mi memoria. Una palabra puede ser sustituida igualmente por la idea de ella o por su imagen en la memoria, lo mismo que cualquier otro objeto. En este caso, el lenguaje interno se diferencia del externo exactamente igual que la idea del objeto se diferencia del objeto real. Precisamente en este sentido interpretaban el lenguaje interno los autores franceses, al estudiar en qué imágenes de la memoria —acústicas, ópticas, motoras y sintéticas— se realiza este recuerdo de las palabras. Como veremos más adelante, la memoria representa uno de los aspectos que determinan la naturaleza del lenguaje interno, pero no sólo no agota en sí el concepto, ni coincide directamente con él. En los viejos autores encontramos siempre el signo de igualdad entre la reproducción de las palabras de memoria y el lenguaje interno. De hecho, se trata de dos procesos distintos que hay que diferenciar.

El segundo significado del término «lenguaje interno» se vincula con la reducción del acto verbal corriente. En este caso, se denomina lenguaje interno al lenguaje no pronunciado, que no suena, mudo, es decir, al lenguaje sin sonido, según la conocida definición de Miller. En opinión de Watson, es lenguaje externo incompleto. Bértsev<sup>6</sup> lo definía como el reflejo verbal inhibido en su componente motor terminal. Séchenov<sup>7</sup>, como un reflejo interrumpido a los dos tercios de su camino. Esta interpretación del lenguaje interno puede ser incluida también en el concepto científico como uno de los componentes subordinados de éste, pero lo mismo que la primera, tampoco agota el concepto ni coincide enteramente con él. Pronunciar sin sonido cualquier palabra no significa en modo alguno que se trate de procesos de lenguaje interno.

Reciente Schilling ha propuesto «habla interna» [govorenje], para denominar el contenido que los autores que acabamos de recordar daban al concepto de lenguaje interno. Este concepto se distingue, cuantitativamente, del lenguaje interno en que sólo considera los procesos activos y no pasivos de la actividad lingüística y, cualitativamente, en que lo que toma en consideración es el comienzo de la actividad motriz de la actividad lingüística. El habla interna así concebida es una función parcial del lenguaje interno, el inicio de un acto lingüístico motor cuyos impulsos no llegan a expresarse en movimientos articulatorios o se manifiestan en movimientos confusos y carentes de sonido, pero que acompañan, refuerzan o frenan la función del pensamiento.

Finalmente, la tercera interpretación de este término, la más difundida de todas, da al lenguaje interno una explicación muy amplia. No nos detendremos en su historia, pero describiremos brevemente su estado actual, con el que tropezamos en los trabajos de muchos autores. Goldstein<sup>8</sup> da el nombre de lenguaje interno a todo lo que precede al acto motor del habla, en general a todo el aspecto interno del lenguaje, en el que distingue dos componentes:

en primer lugar, lo que para el lingüista es la forma verbal interna, o los motivos del lenguaje de los que habla Wundt y, en segundo lugar, esa peculiar experiencia lingüística indefinible, no sensorial ni motora, tan bien conocida por todo el mundo, pero tan difícil de caracterizar con exactitud. Uniendo de este modo todo el aspecto interno de cualquier actividad verbal dentro del concepto de lenguaje interno, haciendo una mezcla de la interpretación que dan al lenguaje interno los autores franceses y de la palabra-concepto de los alemanes, Goldstein lo convierte en el centro de todo el lenguaje. Aquí es acertado lo negativo de la definición, en concreto, indica el valor subordinado de los procesos sensoriales y motores en el lenguaje interno, pero es muy confusa, y por eso equivocada, la parte positiva. No se puede por menos que estar en contra de equiparar el punto central de todo el lenguaje con una sensación concebida intuitivamente, inasequible a toda clase de análisis funcional o estructural objetivo. De la misma forma, tampoco se puede dejar de estar en contra de la identificación de esta sensación con el lenguaje interno, en el que se pierden y se diluyen hasta el fin planos estructurales separados, que se distinguen bien con ayuda del análisis psicológico. Esta sensación verbal central es común a cualquier clase de actividad verbal y aunque sólo sea por esto no es válida en absoluto para diferenciar esa función verbal específica y peculiar que es la única que merece la denominación de lenguaje interno. De hecho, para ser consecuente y llevar hasta el fin el punto de vista de Goldstein hay que reconocer que su lenguaje interno no es el lenguaje, sino que es una actividad del pensamiento y afectivo-volitiva, ya que incluye motivos del lenguaje y del pensamiento manifiesto en la palabra. En el mejor de los casos abarca de forma indivisible todos los procesos internos que tienen lugar antes del habla, es decir, todo el aspecto interno del lenguaje externo.

La interpretación correcta del lenguaje interno deberá partir de que *el lenguaje interno es una formación especial en cuanto a su naturaleza psicológica*, un forma especial de actividad verbal, con sus propias características y que mantiene una compleja relación con otras formas de actividad verbal. Para estudiar estas relaciones del lenguaje interno por un lado con el pensamiento y por otro con la palabra, antes es necesario conocer sus diferencias con uno y otra y aclarar su función específica. Creemos que no es indiferente si uno habla consigo mismo o habla para otros. El lenguaje interno es lenguaje para uno mismo. El lenguaje externo es lenguaje para los demás. No se puede admitir que esta diferencia radical y fundamental entre las funciones de uno y otro lenguaje pueda no tener consecuencias en la naturaleza estructural de ambas funciones verbales.

Por eso, somos de la opinión de que es incorrecto considerar, como hacen Jackson y Head, que el lenguaje interno se diferencia del lenguaje externo por su grado y no por su naturaleza. No se trata aquí de vocalización. La presencia o la ausencia de vocalización no es en sí misma la causa que nos explica la naturaleza del lenguaje interno, sino la consecuencia que se desprende de esa naturaleza. En cierto sentido, se puede decir que el

lenguaje interno no sólo no precede al lenguaje externo o lo reproduce en la memoria, sino que es contrario a él. El lenguaje externo es el proceso de transformación del pensamiento en la palabra, su materialización y objetivación. El lenguaje interno es un proceso de sentido opuesto, que va de fuera adentro, un proceso de evaporación del lenguaje en el pensamiento\*. Luego la estructura del lenguaje interno ha de diferir respecto a la estructura del lenguaje externo.

El lenguaje interno representa quizás el área más difícil de investigación de la psicología. Precisamente por eso encontramos en las teorías del lenguaje interno una enorme cantidad de constructos absolutamente arbitrarios y teorías especulativas y no disponemos casi de ninguna clase de datos empíricos. En este problema, los experimentos han tenido carácter demostrativo solamente. Los investigadores han tratado de captar la existencia de alteraciones motrices, de correlatos en los cambios en la articulación de los sonidos y en la respiración, casi imperceptibles y de importancia insignificante y que, en cualquier caso, no forman parte del núcleo central del lenguaje interno. Este problema se ha mantenido prácticamente fuera del alcance del experimentador hasta que se ha comenzado a aplicar el método genético. También aquí el desarrollo ha resultado la clave para comprender una de las más complejas funciones de la conciencia humana. Por eso, el hallazgo del método de investigación adecuado del lenguaje externo ha sacado el problema del punto muerto en que se hallaba. Debido a ello nos detendremos ante todo en el método.

Al parecer, Piaget fue el primero en prestar atención a la función especial del lenguaje egocéntrico del niño y supo valorar su importancia teórica. Su mérito consiste en que no pasó de largo de este hecho, habitual y bien conocido por quienes observan a los niños, e intentó estudiarlo y comprenderlo teóricamente. Pero Piaget permaneció totalmente ciego ante la característica más importante del lenguaje egocéntrico, su parentesco genético y sus relaciones con el lenguaje interno. Debido a ello, interpretó equivocadamente su naturaleza funcional, estructural y evolutiva.

Tomando como punto de partida a Piaget, hemos centrado nuestros experimentos sobre el lenguaje interno precisamente en el problema de la relación del lenguaje egocéntrico con el lenguaje interno. Esto nos ha ofrecido por primera vez la posibilidad de estudiar experimentalmente la naturaleza del lenguaje interno con una plenitud sin precedentes.

Anteriormente hemos expuesto todas las importantes consideraciones que nos han llevado a la conclusión de que *el lenguaje egocéntrico representa una fase previa al desarrollo del lenguaje interno*. Recordemos que estas consideraciones eran de carácter triple: funcional (hallamos que el lenguaje

\* Como se desprende de todo el contexto, el autor, al utilizar la expresión metafórica «evaporación del lenguaje en el pensamiento» tiene en cuenta la variación cualitativa del proceso verbal en el acto del pensamiento y de ningún modo la desaparición de la palabra. [Nota de la edición rusa.]

egocéntrico desempeña funciones intelectuales semejantes al lenguaje interno), estructural (hallamos que, en cuanto a su estructura, el lenguaje egocéntrico se asemeja al lenguaje interno) y genético (comparamos el hecho, observado por Piaget, de la desaparición del lenguaje egocéntrico en el momento en que comienza la edad escolar con una serie de hechos que nos remiten precisamente a ese momento el comienzo del desarrollo del lenguaje interno. De ahí llegamos a la conclusión de que en el umbral de la edad escolar el lenguaje egocéntrico no desaparece, sino que se convierte en el lenguaje interno). Esta nueva hipótesis de trabajo sobre la estructura, la función y el destino del lenguaje egocéntrico nos permitió no sólo reestructurar de forma radical toda la teoría del lenguaje egocéntrico, sino también adentrarnos en la cuestión de la naturaleza del lenguaje interno. Si nuestra suposición de que el lenguaje egocéntrico representa formas tempranas del lenguaje interno merece crédito, la cuestión del método de investigación del lenguaje interno quedará resuelta.

En este caso, el lenguaje egocéntrico será la clave para investigar el lenguaje interno. La primera ventaja consiste en que representa todavía un lenguaje vocalizado, sonoro, es decir, un lenguaje externo en cuanto al procedimiento de manifestación y, al mismo tiempo, un lenguaje interno por sus funciones y estructura. En la investigación de los procesos internos complejos, para experimentar y objetivar el proceso interno a observar, nos vemos obligados a crear su aspecto externo relacionándolo con cualquier actividad externa, sacarlo al exterior. Esto permite su análisis funcional objetivo, basado en la observación de la parte externa del proceso interno. En el caso del lenguaje egocéntrico se trata, podríamos decir, de un *experimento preparado naturalmente*. En el lenguaje egocéntrico, *el lenguaje interno se hace asequible a la observación directa y a la experimentación*, es decir, es un proceso interno por su naturaleza y externo por sus manifestaciones. Ahí estriba la causa fundamental de que el estudio del lenguaje egocéntrico sea ante nuestros ojos el método fundamental de investigación del lenguaje interno.

La segunda ventaja del método consiste en que permite estudiar el lenguaje egocéntrico no de forma estática, sino dinámica, en el *proceso de desarrollo*, en la disminución paulatina de algunas de sus características y en el lento incremento de otras. Gracias a ello resulta posible determinar las tendencias de desarrollo del lenguaje interno, analizar lo que es secundario y va siendo eliminado en el curso del desarrollo, así como lo que es importante y se refuerza e incrementa en el curso del desarrollo. Y finalmente, al estudiar las tendencias genéticas del lenguaje interno, surge la posibilidad de deducir con ayuda de los métodos de interpolación el movimiento del lenguaje egocéntrico al lenguaje interno, es decir, cuál es la naturaleza de ese lenguaje interno.

Antes de pasar a exponer los principales resultados que hemos conseguido con ayuda de este método, nos detendremos en la interpretación general de la naturaleza del lenguaje egocéntrico para aclarar definitivamente el fundamento teórico de nuestro método. En la exposición partiremos de la

contraposición de dos teorías del lenguaje egocéntrico: la de Piaget y la nuestra. De acuerdo con la teoría de Piaget, el lenguaje egocéntrico del niño constituye la expresión directa del egocentrismo del pensamiento infantil que, a su vez, es un compromiso entre el autismo inicial del pensamiento del niño y su socialización paulatina, compromiso específico para cada nivel de edad. Se trata, pues, de un compromiso dinámico, en el que a medida que el niño se desarrolla decrecen los elementos de autismo y se incrementan los del pensamiento socializado, gracias a lo cual el egocentrismo se reduce paulatinamente a cero, tanto en el pensamiento como en el lenguaje.

De semejante interpretación de la naturaleza del lenguaje egocéntrico deriva el criterio de Piaget sobre la estructura, la función y el destino de este tipo de lenguaje. En el lenguaje egocéntrico, el niño no debe adaptarse al pensamiento del adulto, por eso su pensamiento permanece egocéntrico al máximo, lo que halla su expresión en la incomprensión del lenguaje egocéntrico para otra persona, en su reducción y en otras características estructurales. Pero en este caso la función del lenguaje egocéntrico no puede ser otra que la de un simple acompañamiento en la melodía principal de la actividad infantil, sin que cambie nada esa melodía. Se trata más bien de un fenómeno concomitante que de un fenómeno de importancia funcional independiente. Este lenguaje no desempeña función alguna en el comportamiento ni en el pensamiento del niño. Y, finalmente, por ser la expresión del egocentrismo infantil, que está condenado a desaparecer a lo largo del desarrollo del niño, es natural que su destino genético sea también el de desaparecer a la vez que desaparece el egocentrismo en el pensamiento del niño. Por eso, el lenguaje egocéntrico se desarrolla según una curva descendente, cuyo vértice está situado al comienzo del desarrollo y llega a cero en el umbral de la edad escolar. Por tanto, sobre el lenguaje egocéntrico se puede decir, empleando las palabras de Liszt sobre los niños prodigio, que todo su futuro está en el pasado. El lenguaje egocéntrico no tiene futuro. No surge ni se desarrolla junto con el niño, sino que desaparece y se extingue, es más una involución que una evolución. Si el desarrollo del lenguaje egocéntrico sigue una curva que desciende continuamente, es natural que en el surja como una manifestación individual, en cualquier etapa del desarrollo infantil, a partir de la falta de socialización del lenguaje y que sea expresión directa del grado de esa insuficiencia de socialización.

De acuerdo con la teoría opuesta, el lenguaje egocéntrico del niño representa uno de los fenómenos de transición de las funciones interpsíquicas a las intrapsíquicas, es decir de la forma de actividad social colectiva del niño a sus funciones individuales. Como hemos mostrado en uno de nuestros trabajos anteriores\*, esta transición es una ley general del desarrollo de las funciones psíquicas, que surgen inicialmente como formas de actividad en colaboración y sólo después las transfiere el niño a la esfera de sus formas

\* Se trata del trabajo de Vygotski, *Desarrollo de las funciones psíquicas superiores*, publicado en el tercer volumen de estas *Obras Escogidas*. [Nota de la edición rusa.]

psíquicas de actividad. El lenguaje para uno mismo surge a través de la diferenciación de la función inicialmente social del lenguaje para otros. No es la socialización paulatina, aportada al niño desde fuera, sino la individualización paulatina, surgida sobre la base del carácter social interno del niño lo que constituye el camino principal del desarrollo infantil. En función de ello varían también nuestras concepciones sobre la estructura, la función y el destino del lenguaje egocéntrico. Su estructura se desarrolla paralelamente a la separación de sus funciones y de acuerdo con ellas. En otras palabras, al adquirir un nuevo objetivo, el lenguaje se reestructura naturalmente también de acuerdo con las nuevas funciones. Más adelante nos detendremos detalladamente en estas características estructurales. De momento diremos que no mueren ni se suavizan, no desaparecen ni involucionan, sino que se refuerzan y crecen, evolucionan y se desarrollan a medida que avanza la edad del niño. Así, su desarrollo, como el del lenguaje egocéntrico, por cierto, sigue una curva ascendente y no una curva decreciente.

De acuerdo con nuestros experimentos, nos parece que la función del lenguaje egocéntrico está próxima a la del lenguaje interno: no es en absoluto un acompañamiento, sino una melodía independiente, una función independiente que sirve a la orientación mental, a la toma de conciencia, a la superación de las dificultades y los obstáculos, a la razón y al pensamiento, es un lenguaje para uno mismo, útil del modo más íntimo al pensamiento del niño. Y finalmente, nos parece que el destino genético del lenguaje egocéntrico se desarrolla siguiendo una curva que se eleva y no una curva que declina, como lo describe Piaget. Su desarrollo no constituye una involución, sino una verdadera evolución. No se asemeja en nada a los procesos involutivos, tan conocidos en biología y pediatría, que se manifiestan en los casos de atrofia, como los procesos de cicatrización de la herida umbilical y de la separación del cordón umbilical o la obliteración del conducto de Botal y la vena umbilical en el período de post-nacimiento. Recuerda mucho más a todos los procesos del desarrollo infantil, orientados hacia adelante, que representan por su naturaleza procesos de desarrollo constructivos, creadores, de valor positivo. Desde el punto de vista de nuestra hipótesis, el lenguaje egocéntrico representa un lenguaje interno en cuanto a su función psíquica y externo en cuanto a su estructura. Su destino es el de transformarse en lenguaje interno.

En comparación con la hipótesis de Piaget, esta hipótesis nos ofrece una serie de ventajas. Nos permite explicar de forma más adecuada y mejor desde el punto de vista teórico la estructura, la función y el destino del lenguaje egocéntrico. Concuera mejor con nuestros datos experimentales sobre el incremento del coeficiente del lenguaje egocéntrico cuando se presentan dificultades en la actividad que exigen toma de conciencia y reflexión, hechos inexplicables desde el punto de vista de Piaget. Pero su ventaja más importante y decisiva consiste en que da una explicación satisfactoria a paradoja, inexplicables de otro modo, descrita por Piaget. En efecto, según la teoría de este último, el lenguaje egocéntrico muere con la edad, reduciéndose cuantitativamente a medida que el niño se desarrolla. Y tendríamos derecho a es-

perar que sus características estructurales también disminuyeran en lugar de crecer paralelamente a su declive, ya que es difícil imaginarse que el debilitamiento afecte únicamente a los aspectos cuantitativos del proceso y no se refleje en modo alguno en su estructura interna. Al pasar de los tres a los siete años, es decir, del punto superior de desarrollo del lenguaje egocéntrico al inferior, el egocentrismo del pensamiento infantil se reduce enormemente. Si las características estructurales del lenguaje egocéntrico, las que lo hacen incomprensible para los demás, estriban precisamente en el egocentrismo, es natural esperar que estas características también vayan desapareciendo, reduciéndose paulatinamente a nada, lo mismo que las manifestaciones del lenguaje egocéntrico. Resumiendo, cabría esperar que el proceso de extinción del lenguaje egocéntrico se viera acompañado por la desaparición de sus características estructurales internas; es decir, que también en cuanto a su configuración interna este lenguaje se aproximara cada vez más al lenguaje socializado y, por consiguiente, se fuera haciendo más comprensible.

¿Qué dicen a este respecto los hechos? ¿Qué lenguaje es más incomprensible: el de un niño de tres años o el de uno de siete? Uno de los resultados más significativos de nuestra investigación es la constatación de que las características estructurales del lenguaje egocéntrico, reflejo de su distanciamiento del lenguaje social y responsables de su ininteligibilidad para los demás, no se reducen con la edad, sino que aumentan. Son mínimas a los tres años y máximas a los siete. Por consiguiente, no desaparecen, sino evolucionan. Su desarrollo es inverso a la frecuencia del lenguaje egocéntrico. Al tiempo que el coeficiente de lenguaje egocéntrico decae continuamente en el curso del desarrollo, desapareciendo y reduciéndose a la nada en el umbral de la edad escolar, sus rasgos estructurales diferenciadores se desarrollan en sentido opuesto, incrementándose, desde casi cero a los tres años, hasta alcanzar, a los siete años, una configuración estructural diferenciada casi en su totalidad.

Este hecho resulta inexplicable desde una perspectiva piagetiana, ya que es totalmente incomprensible cómo pueden los procesos de desaparición del egocentrismo infantil del lenguaje egocéntrico y sus particularidades internas pueden desarrollarse tan rápido. Al mismo tiempo, nos permite también aclarar el único dato, la piedra angular, en el cual Piaget fundamenta su teoría del lenguaje egocéntrico: el hecho de la progresiva disminución de su coeficiente, a medida que el niño crece.

¿Qué significa esa disminución? Las particularidades estructurales del lenguaje interno y su diferenciación funcional con el lenguaje externo aumentan con la edad. ¿Qué es, entonces, lo que disminuye? La reducción del lenguaje egocéntrico se refiere tan sólo a uno de sus rasgos, la vocalización, el aspecto sonoro. ¿Podemos por ello concluir que la desaparición de la vocalización y el aspecto sonoro es igual a la desaparición del lenguaje egocéntrico en general? Esto resulta inadmisibles porque, entonces, no se explica el hecho del desarrollo de sus particularidades estructurales y funcionales. Por el contrario, a la luz de este hecho, es completamente comprensible la propia disminución del coeficiente del lenguaje egocéntrico. La contradicción entre la

rápida disminución de un síntoma egocéntrico, la vocalización, y el aumento igual de acelerado de otros síntomas, la diferenciación estructural y funcional, resulta sólo aparente, ilusoria.

Razonemos partiendo de un hecho innegable constatado experimentalmente. Las particularidades estructurales y funcionales del lenguaje egocéntrico aumentan con el desarrollo del niño. A los tres años, la diferencia entre el lenguaje egocéntrico y el comunicativo es casi nula. A los siete años nos encontramos un lenguaje muy diferente del lenguaje social del niño de tres años casi en todas sus particularidades funcionales y estructurales. Este hecho revela la progresiva diferenciación de las dos funciones del lenguaje y *la separación del lenguaje para uno mismo y del lenguaje para los demás a partir de la función general indiferenciada* desempeñada por el lenguaje en las edades tempranas. En ese momento, el lenguaje sirve a los dos objetivos casi simultáneamente y mediante un procedimiento similar. Esto es indudable. Se trata de un hecho y, como es sabido, los hechos son difíciles de discutir.

Una vez aceptado esto, el resto resultará comprensible por sí mismo. Si las particularidades estructurales y funcionales del lenguaje egocéntrico, esto es, su configuración interna y su procedimiento de acción, evolucionan distanciándose progresivamente del lenguaje externo, a medida que con la edad se vayan desarrollando esos rasgos específicos del lenguaje egocéntrico, *su manifestación externa, vocálica, debe atrofiarse y desaparecer*. De ahí la reducción del coeficiente de lenguaje egocéntrico entre los tres y los siete años. Conforme la función del lenguaje egocéntrico, de este lenguaje para uno mismo, se van diferenciando, su vocalización se vuelve funcionalmente innecesaria y sin sentido (puesto que conocemos la frase que hemos pensado antes de haberla pronunciado) y, al ir acentuándose sus peculiaridades estructurales, llega a resultar imposible. El lenguaje para uno mismo tiene su propia estructura y no puede encontrar su expresión en la estructura del lenguaje externo, que le es ajena por completo. Esta nueva forma de lenguaje, con una estructura propia, *necesita también una forma de expresión propia*, ya que su aspecto fásico deja de coincidir con el del lenguaje externo. El crecimiento de las particularidades del lenguaje egocéntrico, su separación en calidad de función independiente del lenguaje, la formación paulatina de su naturaleza interna irreplicable, inevitablemente llegan a lo que este lenguaje más pobre aparece en sus manifestaciones externas, más se aleja del lenguaje externo y más se reduce su vocalización. Y cuando, en un determinado momento de desarrollo, la diferenciación del lenguaje egocéntrico alcanza el límite necesario, cuando el lenguaje para uno mismo se separa definitivamente del lenguaje para los demás, deja de vocalizarse y, en consecuencia, debe crear la ilusión de su desaparición y de su fin.

Pero esto es sólo una ilusión. Interpretar la progresiva disminución del coeficiente del lenguaje egocéntrico como si fuese un síntoma de su desaparición es como suponer que los niños dejan de contar cuando dejan de hacerlo con los dedos y en voz alta y pasan a hacerlo mentalmente. De hecho, este síntoma de fin, negativo, involutivo, oculta un contenido absolutamente po-

sitivo. La disminución del coeficiente del lenguaje egocéntrico, de su vocalización asociada, como acabamos de ver, al progreso y a la diferenciación de este nuevo tipo de lenguaje infantil, es un síntoma negativo, involutivo, sólo en apariencia. En realidad, son síntomas de progreso evolutivo; representa *no el fin, sino el nacimiento de una nueva forma de lenguaje*.

El decremento de las manifestaciones externas del lenguaje egocéntrico denota la abstracción del aspecto sonoro del lenguaje (dicha abstracción es uno de los principales rasgos del lenguaje interno), la diferenciación progresiva entre el lenguaje egocéntrico y el comunicativo, la creciente capacidad del niño para pensar las palabras, para imaginárselas en lugar de pronunciarlas, para operar con la imagen de la palabra, en vez de hacerlo con ella misma. Ahí estriba el significado positivo del síntoma de declive del coeficiente del lenguaje egocéntrico. Porque tal declive tiene un significado preciso: se produce en determinada dirección, en la misma en que se produce el desarrollo de las particularidades funcionales y estructurales del lenguaje egocéntrico, precisamente en la dirección del lenguaje interno. La diferencia radical entre el lenguaje interno y el exterior es la ausencia de vocalización.

El lenguaje interno es un lenguaje mudo, silencioso. Esa es su principal diferencia. Precisamente en esa dirección, en el incremento paulatino de esa diferencia, es hacia donde avanza la evolución del lenguaje egocéntrico. Su vocalización desciende hasta cero, convirtiéndolo en lenguaje mudo. Así debe ser si el lenguaje egocéntrico representa una etapa evolutiva temprana en el desarrollo del lenguaje interno. El desarrollo gradual de este rasgo, la emancipación del lenguaje egocéntrico en el aspecto funcional y estructural antes que en el de la vocalización, sólo puede indicar lo siguiente: el lenguaje interno no se desarrolla como consecuencia de la debilitación del componente sonoro, pasando del lenguaje externo al murmullo y de éste al lenguaje mudo, sino como consecuencia de su diferenciación funcional y estructural del lenguaje externo, pasando de él al egocéntrico y de éste al lenguaje interno. Esta idea ha servido de base a nuestra hipótesis del desarrollo del lenguaje interno.

Por consiguiente, la contradicción entre la desaparición de las manifestaciones externas del lenguaje egocéntrico y el incremento de sus particularidades internas se hace patente. En realidad, el descenso del coeficiente del lenguaje egocéntrico encubre el desarrollo positivo de una de las particularidades centrales del lenguaje interno: su abstracción del aspecto sonoro y la diferenciación definitiva del lenguaje interno y externo. Por consiguiente, los tres grupos principales de rasgos (funcionales, estructurales y evolutivos) y todos los datos que conocemos acerca del desarrollo del lenguaje egocéntrico (incluidos los datos de Piaget) hablan unánimemente a favor de lo mismo: *el lenguaje egocéntrico se desarrolla en la dirección del lenguaje interno* y su desarrollo no puede interpretarse más que como el incremento progresivo y paulatino de las propiedades diferenciales del lenguaje interno.

Esto corrobora nuestra hipótesis acerca del origen y la naturaleza del lenguaje egocéntrico y demuestra que el estudio del lenguaje egocéntrico

constituye el método fundamental para el conocimiento de la naturaleza del lenguaje interno. Pero transformar nuestra hipótesis en una certeza teórica hemos de encontrar el modo de llevar a cabo un experimento crítico que pueda resolver sin lugar a dudas cual de las dos interpretaciones opuestas del proceso de desarrollo del lenguaje egocéntrico corresponde a la realidad. Antes de examinar los datos de este experimento crítico vamos a recordar las formulaciones teóricas entre las que debe decidir dicho experimento. Para Piaget, el lenguaje egocéntrico surge como consecuencia de la insuficiente socialización del lenguaje inicialmente individual. En nuestra opinión, surge de la insuficiente individualización del lenguaje inicialmente social, de su incipiente separación y diferenciación, de su inespecificidad. En la primera formulación, el lenguaje egocéntrico es un punto situado en una curva descendente cuya culminación ya pasó. El desarrollo del lenguaje egocéntrico consiste en su desaparición, sólo tiene pasado. En la segunda formulación, el lenguaje egocéntrico es un punto situado en una curva ascendente cuyo punto culminante está por llegar. Se desarrolla hacia el lenguaje interno, tiene futuro. En el primer caso, el lenguaje para uno mismo, es decir, el lenguaje interno se introduce desde fuera junto con la socialización, al igual que el agua de color blanco desplaza a la de color rojo, según el principio que ya hemos recordado. En el segundo caso, el lenguaje para uno mismo surge del lenguaje egocéntrico, es decir, se desarrolla desde dentro.

Para resolver definitivamente cuál de estas interpretaciones es la correcta, debemos constatar cómo influyen en el lenguaje egocéntrico del niño dos condiciones experimentales distintas: en una, se debilitan los aspectos sociales de la situación que favorecen la aparición del lenguaje social; en la otra, se refuerzan. Hasta ahora, todas las demostraciones que hemos aportado a favor de nuestra interpretación del lenguaje egocéntrico y en contra de Piaget, por relevantes que nos parezcan, sólo tienen un valor indirecto y dependen de la interpretación general. Sin embargo, este experimento podría dar una respuesta directa a la cuestión que nos interesa; por eso lo consideramos como un experimento crucial.

Si el lenguaje egocéntrico del niño es el resultado del egocentrismo de su pensamiento y de su insuficiente socialización, entonces cualquier atenuación de los elementos sociales de la situación experimental, todo aquello que contribuya a aislarle del grupo y a liberarle de la presión social, a la pérdida del contacto psicológico con otras personas, cualquier factor que le libere de la necesidad de adaptarse al pensamiento de los demás y, por tanto, de hacer uso del lenguaje social, debería producir necesariamente una brusca elevación del coeficiente del lenguaje egocéntrico a costa del social, porque esos cambios crearían condiciones más favorables para que se manifieste libre y completamente la insuficiente socialización del pensamiento y el lenguaje del niño. En cambio, si el lenguaje egocéntrico es el resultado de la insuficiente diferenciación entre el lenguaje para uno mismo y el lenguaje para los demás, de la insuficiente individualización del lenguaje inicialmente social, de la inseparación entre lenguaje para si mismo, y el lenguaje para los demás,

todos esos cambios de la situación experimental deben reflejarse en un brusco descenso del lenguaje egocéntrico del niño.

Esa es la cuestión planteada en nuestros experimentos. Para planificarlos, tomamos como punto de partida las características del lenguaje egocéntrico señaladas por el propio Piaget; con lo cual, no teníamos la menor duda de estar estudiando realmente el mismo tipo de fenómenos. Aunque Piaget no concede a estas características valor teórico alguno y las describe más bien como rasgos externos del lenguaje egocéntrico, no pueden dejar de llamar nuestra atención desde el primer momento tres particularidades de este lenguaje: 1) que se manifiesta como un monólogo colectivo, es decir, sólo aparece en el grupo infantil, en presencia de otros niños entregados a la misma actividad, y no cuando el niño se queda solo; 2) que, como también señala Piaget, el monólogo colectivo está acompañado por la ilusión de ser comprendido; el niño cree y supone como si sus expresiones egocéntricas, no dirigidas a un interlocutor concreto, fuesen comprendidas por quienes le rodean; 3) finalmente, que este lenguaje para uno mismo tiene un carácter externo similar al lenguaje socializado, no es murmurado ni inaudible. Tres características tan importantes no pueden ser casuales. Subjetivamente, desde el punto de vista del niño, el lenguaje egocéntrico aún no está separado del lenguaje social (tiene la ilusión de ser comprendido); objetivamente, su situación (monólogo colectivo) y su forma (vocalizado) no se diferencian del lenguaje social. Esto basta para no inclinar nuestro pensamiento en el sentido de la hipótesis de la socialización insuficiente como origen del lenguaje egocéntrico. Estas particularidades son más bien testimonio de una socialización excesiva y de una insuficiente diferenciación entre el lenguaje para uno mismo y el lenguaje para los demás. De hecho, testimonian que el lenguaje egocéntrico, el lenguaje para uno mismo, se desarrolla en circunstancias objetivas y subjetivas propias del lenguaje social dirigido a un interlocutor.

La valoración que hemos hecho de estos tres momentos no es resultado de una opinión preconcebida. Esto se demuestra en el hecho de que Grünbaum, al que no podemos dejar de remitirnos, llega a una valoración semejante, sin experimentación alguna, basándose tan sólo en la interpretación de los datos del propio Piaget. En palabras de Grünbaum, en ciertos casos, una observación superficial nos hace creer que el niño está totalmente inmerso en sí mismo. Tenemos esa falsa impresión porque esperamos de un niño de tres años una actitud lógica hacia lo que le rodea. Como en realidad esa clase de actitudes no es propia de un niño, tendemos a admitir que vive inmerso en sus propios pensamientos y fantasías y que lo propio en él es la orientación egocéntrica. Durante el juego conjunto, los niños de tres a cinco años suelen entretenerse solos y suelen hablar cada uno para sí mismo. Si, a distancia, eso da la impresión de ser una conversación, al observarlo más de cerca resulta ser un monólogo colectivo. Los participantes de dicho monólogo no se escuchan ni se responden entre sí. Pero, a fin de cuentas, incluso este clarísimo ejemplo de la orientación egocéntrica del niño es en realidad una demostración del condicionamiento social de la psique infantil. En la estruc-

tura psíquica del monólogo colectivo no caben el aislamiento premeditado de la colectividad ni el autismo en el sentido de la psiquiatría actual, sino todo lo contrario. Piaget, que subraya el egocentrismo del niño y lo convierte en la piedra angular de toda su explicación de las particularidades psíquicas del niño, se ve obligado, sin embargo, a reconocer que en el monólogo colectivo los niños creen que hablan entre sí y que los demás escuchan. Es verdad que se comportan como si no prestasen atención a los demás. Pero eso se debe tan sólo porque suponen que todos sus pensamientos que, en general, no han sido expresados o lo han sido insuficientemente, son, a pesar de todo, patrimonio común.

Para Grünbaum esta es la demostración del insuficiente aislamiento de la psique individual del niño de lo social. Pero volvemos a repetir que la resolución definitiva de la cuestión no pertenece a una u otra interpretación, sino al experimento crítico. En nuestro experimento intentamos hacer más dinámicas las tres particularidades del lenguaje egocéntrico a que nos hemos referido más arriba (vocalización, monólogo colectivo, ilusión de ser comprendido), reforzándolas o debilitándolas para obtener una respuesta a la cuestión que nos interesa sobre la naturaleza y el origen del lenguaje egocéntrico.

*En la primera serie* de experimentos intentamos destruir la ilusión egocéntrica de ser comprendidos por los demás niños. Para ello, después de medir el coeficiente de lenguaje egocéntrico del niño en una situación idéntica a la de los experimentos de Piaget, lo situamos en una completamente nueva: entre un grupo de niños sordomudos, o bien entre un grupo de niños que hablaban un idioma extranjero. El resto de la situación permanecía invariable, tanto en su estructura como en los detalles de la organización de la actividad. La única variable del experimento era la ilusión de ser comprendido producida naturalmente en la primera situación y no en la segunda. ¿Cómo se comportó el lenguaje egocéntrico al eliminar la ilusión de ser comprendido? En la condición privada de la ilusión de ser comprendido su coeficiente cayó vertiginosamente, llegó a cero en la mayoría de los casos y, en los restantes, se redujo ocho veces por término medio. Estos resultados experimentales prueban que la ilusión de ser comprendido no es casual, no es un apéndice accesorio e insignificante, un mero epifenómeno del lenguaje egocéntrico, sino que está funcional e indisolublemente ligada a él. Desde el punto de vista de la teoría de Piaget, los resultados que hemos obtenido pueden parecer, cuando menos, paradójicos. Al ser menor el contacto psicológico entre el niño y los niños que le rodean, su relación con el grupo es más débil y la situación le exige menor uso del lenguaje social y menor adaptación de su pensamiento al pensamiento de los demás, con mayor libertad debería manifestarse entonces el egocentrismo en su pensamiento y su lenguaje. Ese debería haber sido necesariamente el resultado si el lenguaje egocéntrico del niño surgiera en efecto de la falta de socialización de su pensamiento y su lenguaje. En tal caso, al suprimir la ilusión de ser comprendido, el coeficiente de lenguaje egocéntrico no debería reducirse,

como realmente sucede, sino elevarse. Pero de acuerdo con nuestra hipótesis, estos resultados experimentales no pueden ser considerados más que como la demostración directa de que el origen del lenguaje egocéntrico es su falta de diferenciación respecto del lenguaje para los demás, la falta de individualización del lenguaje para uno mismo, incapaz de funcionar independientemente del lenguaje social. Es suficiente suprimir la ilusión de ser comprendido, elemento psicológico esencial en todo lenguaje social, para que el lenguaje egocéntrico se apague.

*En la segunda serie* de experimentos como factor variable entre la condición básica y la experimental hemos introducido la posibilidad del monólogo colectivo del niño. Nuevamente, procedimos a medir primero el coeficiente del lenguaje egocéntrico en la situación inicial, en la cual se manifestó como monólogo colectivo. A continuación, se trasladó al niño con su actividad a una situación que excluía la posibilidad del monólogo colectivo por alguno de los siguientes procedimientos: una vez se le situó entre niños desconocidos para él, con quienes no habló ni antes ni durante ni después del experimento; otras, se le apartó de los demás niños, sentándolo en una mesa colocada en el rincón de la sala; en otras ocasiones hizo su tarea completamente solo, aislado del grupo; por último, a mitad de la tarea, durante esta tarea aislado del grupo, el experimentador salía de la habitación, dejando al niño sin compañía, pero conservando la posibilidad de verle y oírle. Los resultados generales de estos experimentos concuerdan por completo con los de la primera serie. La exclusión del monólogo colectivo en una situación en la cual el resto de elementos permanece invariable conduce, por regla general, a un brusco descenso del coeficiente del lenguaje egocéntrico, aunque en este segundo caso tal reducción resultó algo menos manifestado que en el primero. El coeficiente rara vez descendió verticalmente hasta cero, su valor medio se mantuvo en una sexta parte del inicial. Los diferentes procedimientos de supresión del monólogo colectivo mostraron una clara gradación en la reducción del lenguaje egocéntrico. Pero la tendencia principal a su disminución se hizo patente en toda esta segunda serie. Por eso podríamos repetir los razonamientos anteriores a propósito de la primera serie. Evidentemente, el monólogo colectivo no es un aspecto irrelevante y casual, no es un epifenómeno del lenguaje egocéntrico, sino que está estrechamente asociado a su función. Desde el punto de vista de la hipótesis en discusión, se trata de nuevo de una paradoja. El aislamiento de la situación colectiva debería proporcionar todo el espacio y libertad plena para que el lenguaje egocéntrico se manifestase y para incrementar rápidamente su coeficiente si este lenguaje para uno mismo estuviera determinado por la falta de socialización del pensamiento y del lenguaje infantil. Pero nuestros datos no sólo no son paradójicos, sino que constituyen de nuevo la conclusión lógica necesaria de la hipótesis que defendemos: si el fundamento del lenguaje egocéntrico estriba en la falta de diferenciación, en la falta de separación entre el lenguaje para uno mismo y el lenguaje para los demás, hay que suponer que la exclusión del monólogo

colectivo debería producir una reducción del coeficiente del lenguaje egocéntrico del niño. Los hechos confirman plenamente esta suposición.

*En la tercera serie* de experimentos elegimos como variable en la transición del experimento principal al experimento crítico la vocalización del lenguaje egocéntrico. Después de haber medido el coeficiente del lenguaje egocéntrico en la situación principal, el niño era trasladado a otra situación en la que la posibilidad de vocalización se veía dificultada o era excluida. En una gran sala, se sentó al niño alejado de los otros niños, sentados también a gran distancia de él. En otros casos, al otro lado de la pared del laboratorio donde tenía lugar la prueba estaba tocando una orquesta o se producía un gran ruido que ahogaba no sólo las voces ajenas, sino la propia voz. En otra variante, se prohibía expresamente al niño hablar en voz alta y se le indicaba que debía hacerlo únicamente en susurros. En todos los experimentos críticos volvimos a observar con asombrosa regularidad lo mismo que en los dos primeros casos: un vertiginoso descenso de la curva del coeficiente del lenguaje egocéntrico. Es verdad que en estos experimentos el descenso del coeficiente se manifestó de un modo algo más complejo que en la segunda serie (en los experimentos críticos el coeficiente se situó entre un quinto y un cuarto del valor original). La gradación en los diferentes procedimientos de exclusión o de obstaculización de las vocalizaciones se manifestó aún más acusada que en la segunda serie. Pero la tendencia principal de disminución del coeficiente del lenguaje egocéntrico al ser obstaculizada la vocalización resulta aún más ostensible que en la segunda serie. Y de nuevo no podemos considerar estos datos más que como una paradoja desde el punto de vista de la hipótesis del egocentrismo como la esencia del lenguaje para uno mismo, así como la confirmación directa de la hipótesis del lenguaje interno, como la esencia del lenguaje para uno mismo en los niños que aún no dominan el lenguaje interno en el sentido estricto de la palabra.

Las tres series tenían el mismo propósito. Tomamos como fundamento de la investigación los tres fenómenos que se manifiestan en el lenguaje egocéntrico del niño (la ilusión de ser comprendido, el monólogo colectivo y la vocalización). Los tres fenómenos son comunes al lenguaje egocéntrico y al lenguaje social. Comparamos experimentalmente la producción de lenguaje egocéntrico en presencia y en ausencia de estos fenómenos y vimos que la exclusión de estas características del lenguaje para uno mismo que lo acercan al lenguaje para los demás conduce inevitablemente a la reducción del lenguaje egocéntrico. Esto nos permite llegar a la conclusión de que el lenguaje egocéntrico del niño constituye una forma especial del lenguaje ya diferenciado en los aspectos funcional y estructural, pero cuya manifestación todavía coincide con el lenguaje social a partir del cual ha surgido y se ha desarrollado.

La siguiente suposición puede servir de ejemplo para aclarar el significado de las hipótesis que estamos discutiendo: yo estoy sentado en mi escritorio

y hablo a una persona situada detrás de mí y a quien, por lo tanto, no veo; sin yo advertirlo, mi interlocutor abandona la estancia, pero yo continúo hablando porque creo que me sigue escuchando y comprendiendo. En este caso, externamente mi lenguaje parece lenguaje egocéntrico, estoy hablando a solas conmigo y para mí; pero psicológicamente, por su naturaleza, es evidente que mi lenguaje es social. Comparemos el lenguaje egocéntrico del niño con este ejemplo. Desde la perspectiva de la teoría de Piaget, la situación es contraria: psicológicamente, desde el punto de vista subjetivo del propio niño, su lenguaje es egocéntrico, habla a solas consigo mismo; sólo aparentemente, externamente, es lenguaje social. Su carácter social es la misma ilusión que el carácter egocéntrico de mi lenguaje en el ejemplo anterior.

Desde el punto de vista de nuestra hipótesis, la situación es mucho más complicada. El lenguaje del niño es psicológicamente egocéntrico en los aspectos funcional y estructural, es decir, subjetivamente es una forma de lenguaje especial e independiente; sin embargo, no lo es por completo ya que, aunque es subjetivo en cuanto a su naturaleza psicológica, el niño no toma conciencia de él como un lenguaje interno y no lo diferencia del lenguaje para los demás. Objetivamente también difiere del lenguaje social, pero de nuevo no por completo, ya que sólo se manifiesta en una situación donde sea posible el lenguaje social. En consecuencia, tanto subjetiva como objetivamente, el lenguaje egocéntrico es una forma mixta, transitoria, entre el lenguaje para otros y el lenguaje para uno mismo. Por cierto que —y esa es la tendencia fundamental en el desarrollo del lenguaje interno— el lenguaje para uno mismo, el lenguaje interno, se interioriza antes en lo referido a su función y a su estructura, es decir, a su naturaleza psicológica, que en cuanto respecta a sus formas externas de manifestación. Llegamos, por tanto, a la confirmación de la tesis que hemos planteado: la investigación del lenguaje egocéntrico y las tendencias dinámicas de incremento de algunos de sus rasgos y de debilitamiento de otros apreciadas en él que caracterizan su naturaleza funcional y estructural son la clave para estudiar la naturaleza psicológica del lenguaje interno. Podemos pasar ahora a exponer los principales resultados de nuestras investigaciones y a dar una caracterización sucinta del tercero de los planos que hemos señalado en el movimiento del pensamiento a la palabra: el plano del lenguaje interno.

#### 4

El estudio de la naturaleza psicológica del lenguaje interno con ayuda del método que hemos tratado de fundamentar experimentalmente nos ha conducido al convencimiento de que el lenguaje interno debe ser considerado no como un lenguaje sin sonido, sino como una función verbal completamente especializada y distinta en cuanto a su conformación y modo de funcionamiento. Gracias precisamente a que está organizada de un modo totalmente distinto al lenguaje externo, forma con este último una unidad dinámica

inseparable de transiciones de un plano a otro. El principal rasgo distintivo del lenguaje interno es su peculiar sintaxis. Al estudiar la sintaxis del lenguaje interno en el lenguaje egocéntrico del niño, advertimos una característica esencial que demuestra una indudable tendencia dinámica de crecimiento a medida que el lenguaje egocéntrico se desarrolla. Esta característica consiste en la aparente fragmentación y reducción del lenguaje interno en comparación con el lenguaje externo.

Esta observación no es nueva. Todos los estudiosos atentos del lenguaje interno, incluso desde el behaviorismo, como Watson, señalaron esta particularidad como su rasgo central y característico. Sólo aquellos autores que reducen el lenguaje interno a una mera reproducción del lenguaje externo en imágenes de la memoria consideran el lenguaje interno como el reflejo especular del externo. Pero, como sabemos, nadie ha ido más allá de estudiar esta característica describiéndola como una constante. Es más, nadie ha intentado ni siquiera analizar esas descripciones de este fenómeno fundamental del lenguaje. Toda una serie de fenómenos cuya manifestación externa se expresa en la fragmentación del lenguaje interior, que por ello debían ser objeto de un análisis diferencial, se vieron agrupados, reunidos en una enmarañada madeja.

A través del análisis genético hemos intentado, en primer lugar, desenredar de esa enmarañada madeja los distintos fenómenos que caracterizan la naturaleza del lenguaje interno y, en segundo lugar, encontrar sus causas y su explicación. Inspirándose en el fenómeno de cortocircuito observable en la adquisición de hábitos, Watson sugiere que algo parecido puede suceder también en el habla sin sentido o en el pensamiento. Incluso si pudiéramos desentrañar todos los procesos ocultos y grabarlos en una placa sensible o en un cilindro de fonógrafo, ofrecerían tal cantidad de abreviaciones y cortocircuitos, tal economía, que resultarían irreconocibles, salvo que siguiéramos su origen y formación desde el punto inicial, donde son completos y sociales en cuanto a su carácter, hasta su estadio final, donde servirán a adaptaciones individuales, pero no sociales. De este modo, el lenguaje interno, aunque pudiéramos grabarlo en el fonógrafo, resultaría abreviado, fragmentario, incoherente, irreconocible e incomprensible en comparación con el lenguaje externo.

Un fenómeno similar se observa en el lenguaje egocéntrico del niño, con la única diferencia de que este fenómeno se desarrolla ante nuestros ojos, pasando de una edad a otra, de modo que a medida que el lenguaje egocéntrico se aproxima al lenguaje interno en el umbral de la edad escolar, llega a su máximo nivel. El estudio de su dinámica de crecimiento no deja la menor duda de que si prolongamos esta curva, conduce a la absoluta ininteligibilidad, fragmentación y abreviación del lenguaje interno. Pero la mayor ventaja de estudiar el lenguaje egocéntrico consiste precisamente en que podemos seguir paso a paso, desde la primera a la última fase, cómo surgen estas características del lenguaje interno. El lenguaje egocéntrico también resulta incomprensible, como notó Piaget, si no se conoce la situación en que surge, siendo también fragmentario y abreviado en comparación con el lenguaje externo.

El seguimiento paulatino del crecimiento de estas particularidades del lenguaje egocéntrico permite descomponer y explicar sus enigmáticas propiedades. Si nos detenemos en la abreviación como primer fenómeno independiente, la investigación genética revela patente y fehacientemente cómo y de dónde surge dicha abreviación. Un principio general que podríamos enunciar es que el lenguaje egocéntrico, a medida que se desarrolla, manifiesta no una simple tendencia a abreviar las palabras y suprimirlas, no la simple transición al estilo telegráfico, sino una tendencia muy peculiar a reducir las frases y las oraciones conservando el predicado y sus complementos, a costa de omitir el sujeto y sus complementos. La tendencia a la predicación de la sintaxis del lenguaje interno se manifestó en todos nuestros experimentos con una claridad y una regularidad enormes, casi sin excepciones. Extrapolando estos datos, debemos suponer que el carácter predicativo puro y absoluto es igualmente la forma sintáctica fundamental del lenguaje interno.

Para aclarar esta característica, primaria con respecto a las demás, hace falta compararla con situaciones similares que se presenta en determinadas circunstancias en el lenguaje externo. Como muestran nuestras observaciones, la predicación pura aparece en el lenguaje externo generalmente en dos casos: en la respuesta a una pregunta, o cuando el sujeto del enunciado es conocido de antemano por los interlocutores. La respuesta a «¿Quiere usted una taza de té?» nunca es la frase completa: «No, no quiero una taza de té». La contestación es un predicado simple: «No» incluye sólo el predicado. Evidentemente, tal respuesta es posible únicamente porque su sujeto, aquello sobre lo que se habla en la oración, es sobrentendido por los interlocutores. Exactamente igual, a la pregunta «¿Tu hermano ha leído este libro?» nunca sigue la respuesta «Sí, mi hermano ha leído ese libro» sino una respuesta predicativa simple: «Sí» o «Lo ha leído». Algo similar se produce en el segundo caso, cuando el interlocutor conoce el sujeto de la expresión que se emite. Supongamos que varias personas esperan en la parada el tranvía «B» para ir en determinada dirección. Nadie dirá, al ver acercarse el tranvía, la frase completa: «Viene el tranvía B que estamos esperando para ir a algún lugar». Probablemente se limitará al predicado: «Viene» o «El B». Evidentemente, en este caso, la oración predicativa ha surgido en el lenguaje vivo porque el sujeto y sus complementos son conocidos directamente a partir de la situación compartida por los interlocutores.

Con frecuencia, expresiones predicativas semejantes dan pie a equivocaciones cómicas y a toda clase de *quid pro quo*, debido a que el oyente no atribuye el predicado expresado al sujeto al cual se refiere el hablante, sino a otro contenido de su mente. En ambos casos, la predicación pura surge cuando el sujeto de la expresión está contenido en los pensamientos del interlocutor. Si los pensamientos de ambos coinciden y los dos se refieren a lo mismo, la comprensión será total con ayuda tan sólo de los predicados. Si están pensando en sujetos distintos para un mismo predicado, se producirá un inevitable malentendido.

Podemos encontrar ejemplos claros de tales abreviaciones del lenguaje externo y de su reducción al predicado en las novelas de Tolstoi, interesado con frecuencia en la psicología de la comprensión: «Nadie escuchó claramente lo que dijo (el moribundo Nikolai Levin), sólo Kiti lo entendió. Lo entendió porque su mente vigilaba incesantemente sus necesidades» (*Ana Karenina*, v. 10, pág. 311). Podríamos decir los pensamientos de ella, atentos al pensamiento del moribundo, contenían el sujeto al cual se referían sus palabras que nadie comprendió. Pero quizá, el ejemplo más notable lo constituye la declaración de amor entre Kiti y Levin mediante letras iniciales de palabras:

—«Hace tiempo que quería preguntarle algo».

—«Hágalo, por favor».

—«Esto», dijo él. Y escribió las iniciales: CR: E N E P, Q D E O N. Estas iniciales significaban: «Cuando respondiste: “Eso no es posible”, querías decir ¿entonces o nunca?» parecía imposible que ella pudiera comprender tan complicada frase.

—«He comprendido» dijo ruborizándose.

—«¿Qué palabra es ésa?» dijo él, señalando la N, que significaba «nunca».

—«Esta palabra significa “nunca” —dijo ella—, pero eso no es verdad».

El borró rápidamente lo que había escrito, le dio la tiza y se levantó. Ella escribió: «E Y N P C D O M».

Él se alegró súbitamente, había comprendido. Significaba: «Entonces yo no podía contestar de otro modo».

Ella escribió las iniciales: «P Q P O Y P L Q H S». Esto significaba: «Para que pudieras olvidar y perdonar lo que había sucedido».

Él cogió la tiza con los dedos tensos y trémulos, la partió y escribió las iniciales de lo siguiente: «No tengo nada que olvidar ni perdonar. Nunca dejé de amarte».

—«He comprendido» —susurró ella. Él se sentó y escribió una larga frase. Ella lo comprendió todo, y sin preguntarle si era así, tomó la tiza y respondió de inmediato. Durante un largo rato él no logró descifrar lo que ella había escrito y permaneció mirándola a los ojos. Su felicidad le nublaba la vista. No era capaz de descifrar las palabras de ella, pero en sus encantadores ojos, radiantes de felicidad, leyó todo lo que necesitaba saber. Y escribió tres letras. Antes de que él hubiera terminado ella leyó por debajo de su mano y terminó por sí misma la frase, escribiendo la respuesta: «Sí». Todo quedó dicho en esta conversación; que ella lo amaba y que anunciaría a sus padres que él los visitaría por la mañana» (*Ana Karenina*, v. 10, págs. 145-146).

Este ejemplo tiene un extraordinario interés psicológico porque esta declaración de amor, como el resto del episodio entre Levin y Kiti, Tolstoi la tomó de su propia biografía. Así fue como él mismo declaró su amor a su futura esposa S. Biers. Este ejemplo, como el anterior, guarda una íntima

relación con el problema que nos interesa, central en el estudio del lenguaje interno: el problema de su abreviación. Cuando los pensamientos de los interlocutores son los mismos, cuando sus conciencias siguen la misma dirección, el papel de las excitaciones verbales se reduce al mínimo. Y, sin embargo, se entienden. Tolstoi llama la atención sobre el hecho de que entre personas que viven en estrecho contacto psicológico, la comprensión mutua mediante formas abreviadas del lenguaje, la comunicación con medias palabras, constituye más bien una regla que una excepción. «Levin se había acostumbrado ya a expresar su pensamiento sin tomarse el trabajo en envolverlo con las palabras precisas: sabía que su esposa, en momentos de amor como éste, comprendería lo que él quería decir con una simple alusión, y así era.» (*Ana Karenina*, v. 11, pág. 13).

El estudio de este tipo de abreviaciones en el lenguaje dialogado permite a Yakubinski<sup>9</sup> llegar a la conclusión de que, en casos como la comprensión de acertijos o de expresiones veladas cuando se sabe de qué se trata, la denominada «comunalidad de masas aperceptivas» entre los interlocutores desempeña un papel de enorme importancia en el intercambio verbal. La comprensión del lenguaje exige saber de qué se habla. En opinión de Polivánov<sup>10</sup>, en esencia, todo enunciado necesita un oyente capaz de comprenderlo. Si todo lo que deseamos expresar estuviese encerrado en los significados formales de las palabras empleadas, para expresar cada pensamiento distinto necesitaríamos utilizar muchas más palabras de las que en realidad empleamos. Hablamos sólo con las alusiones necesarias. Yakubinski tiene toda la razón al suponer que en tales abreviaciones la cuestión es la peculiaridad de la estructura sintáctica del lenguaje, de su sencillez objetiva en comparación con el habla más discursiva. Sintaxis simplificada, mínimo de divisiones sintácticas, manifestación condensada del pensamiento y una cantidad notablemente menor de palabras son los rasgos que caracterizan la tendencia a la predicación tal y como ésta se manifiesta en el lenguaje externo en determinadas situaciones.

Todo lo contrario a esta comprensión mutua que recurre a la abreviación lo constituyen las situaciones cómicas creadas por malentendidos ya mencionadas y que han servido de modelo a la conocida parodia de conversación de dos sordos, en la cual el pensamiento de ambos está totalmente desconectado:

«Al juicio de un juez sordo, llamó otro sordo a un sordo.

El sordo grita: «¡Mi vaca, me la robó ese gordo!».

«¡Pero vamos —vocifera el gordezuelo—, este prado perteneció ya a mi difunto abuelo!».

Decide el juez: «Para evitar cualquier depravación, casen a la chica culpable con el mocetón».

Comparando estos dos casos extremos, la conversación de Kiti con Levin y el juicio de los sordos, encontramos en ellos los dos polos entre los cuales se mueve el fenómeno de la abreviación del lenguaje externo. Cuando en los

pensamientos de los interlocutores existe un sujeto común, la comprensión se logra por completo con ayuda de un lenguaje abreviado al máximo y con una sintaxis extremadamente simplificada. En el caso contrario, la incompreensión es total, pese a emplear el lenguaje completo. Así, a veces dos personas no necesitan ser sordos para no poder ponerse de acuerdo, basta con que den sentido diferente a una misma palabra o mantengan puntos de vista opuestos. Como dice Tolstoi, quienes están acostumbrados a pensar de un modo independiente y original tardan en comprender el pensamiento ajeno, sobre todo si es discrepante con respecto al suyo. Por el contrario, las personas que están en contacto pueden comunicarse casi sin palabras los pensamientos más complejos, con las expresiones mínimas de lo que Tolstoi denomina «una comunicación lacónica y exacta».

## 5

Después de estudiar el fenómeno de la abreviación en el lenguaje externo en estos ejemplos, podemos retornar con un bagaje más amplio al fenómeno correspondiente del lenguaje interno. Como hemos dicho repetidas veces, en el lenguaje interno la abreviación no constituye la excepción, sino la regla. La importancia de este fenómeno queda definitivamente clara al comparar cómo se manifiesta en el lenguaje externo y escrito de una parte y en el lenguaje interno de la otra.

En opinión de Polivánov, si todo lo que deseamos decir estuviese contenido en los significados formales de las palabras empleadas para expresar cada pensamiento diferente, necesitaríamos utilizar muchas más palabras de las que en realidad empleamos. Esto es precisamente lo que ocurre en el lenguaje escrito, en el cual el pensamiento se expresa a través de los significados formales de las palabras, de los cuales depende mucho más que el lenguaje oral. En el lenguaje escrito el interlocutor está ausente. Por eso debe ser totalmente explícito y la diferenciación sintáctica es máxima. Dada la distancia entre los interlocutores, es rara la posibilidad de comprenderse con medias palabras y mediante el empleo de expresiones predicativas. En el lenguaje escrito los interlocutores se hallan en situaciones diferentes, lo que excluye la posibilidad de compartir un mismo sujeto en su pensamiento. Por eso, el lenguaje escrito constituye, en comparación con el lenguaje oral, una forma de lenguaje más desarrollada y sintácticamente más compleja; para expresar una misma idea requiere muchas más palabras que en el lenguaje oral. Como dice Tompson, en la redacción escrita se suelen utilizar palabras, expresiones y construcciones que resultarían poco naturales en el lenguaje oral. La expresión de Griboédov «habla como escribe» refleja lo cómico de trasladar al lenguaje oral el verbalismo y la complicada y fragmentaria construcción sintáctica del lenguaje escrito.

La cuestión de la *diversidad funcional del lenguaje* se ha convertido últimamente en uno de los problemas más destacados de la lingüística. La

lengua, también para el lingüista, no es una única forma de actividad verbal, sino un conjunto de funciones verbales muy diversas. El examen de la lengua desde el punto de vista funcional, es decir, desde el punto de vista de las condiciones y objetivos de la expresión verbal, ha pasado a ocupar la atención de los investigadores. Ya Humboldt reconoció la diversidad funcional del lenguaje entre la poesía y la prosa, diferentes una de otra en su orientación y en sus medios, dos formas que no pueden mezclarse ni confundirse entre sí porque, mientras que la prosa sólo pertenece al ámbito de la lengua, la poesía es inseparable de la música. Según Humboldt, la prosa se distingue porque en ella la lengua utiliza sus propias ventajas, aunque subordinados lógicamente al objetivo predominante. La euritmia lógica correspondiente al curso del pensamiento se desarrolla en la prosa mediante formas concretas de subordinación y coordinación de oraciones, a través de las cuales el lenguaje en prosa se acomoda a su propio objetivo. Poesía y prosa disponen de sus propias reglas en la elección de las expresiones y en el uso de las formas gramaticales y de los procedimientos sintácticos de combinación de palabras.

Lo esencial de la noción de Humboldt consiste en lo siguiente: las diferentes formas de lenguaje, distintas en cuanto a su objetivo funcional, tienen su propio léxico, su gramática y su sintaxis. Esta es una idea de enorme importancia; sin embargo, ni el propio Humboldt, ni Potebniá, que la adoptó y desarrolló, reconocieron todas sus implicaciones. Se limitaron a distinguir la poesía de la prosa y, dentro de esta última, la conversación culta, llena de argumentos, de la charla cotidiana o convencional, útil tan sólo para comunicar noticias sin despertar ideas ni sensaciones. Sin embargo, la idea de Humboldt, completamente olvidada por la lingüística, empieza a resucitar y a valorar, no entre los lingüistas, sino por la psicología de la lengua. Como reconoce Yakubinski, el planteamiento mismo de la cuestión en esos términos es ajeno a la lingüística y las obras de lingüística general no lo tocan.

Independientemente de la lingüística, la psicología del lenguaje nos conduce por otro camino a la misma necesidad de distinguir las diferentes funciones del lenguaje. En concreto, para la psicología del lenguaje, como para la lingüística, la distinción fundamental entre el diálogo y el monólogo es primordjal. El lenguaje escrito y el lenguaje interior, con los cuales estamos comparando el lenguaje oral, son formas *monológicas* de lenguaje. En cambio, el lenguaje oral es casi siempre *dialogado*.

El diálogo presupone siempre un conocimiento por parte del interlocutor del tema en cuestión. Esto, como hemos visto, permite las abreviaciones en el lenguaje oral y, en ciertas condiciones, los enunciados exclusivamente predicativos. El diálogo presupone también siempre la posibilidad de ver al interlocutor, ver su mímica facial y gestual, y escuchar su tono de voz. Todo ello facilita la comprensión con medias palabras, la comunicación a través de alusiones, como en los ejemplos ya presentados. En palabras de Tard<sup>11</sup>, únicamente el lenguaje oral admite conversaciones que son sólo un complemento de las miradas que cruzan los interlocutores.

Como ya hemos discutido la tendencia del habla a la abreviación, ahora sólo nos detendremos en su dimensión acústica. Veremos un ejemplo clásico extraído del diario de Dostoievski<sup>12</sup> que muestra hasta qué punto la entonación facilita la comprensión de variaciones sutiles en el significado de una palabra. Dostoievski relata la conversación de unos borrachos compuesta toda ella por una sola palabra impublicable: «Un domingo por la noche tuve que caminar unos quince pasos entre un grupo de seis borrachos. En ese momento, llegué a la convicción de que es posible expresar todos los pensamientos y todas las sensaciones humanas, incluso toda una serie de juicios profundos, con una sencilla y solitaria palabra, además admirablemente breve. He aquí que uno de ellos la pronuncia con tono desagradable y enérgico expresando su más despectivo rechazo a aquello acerca de lo cual estaban hablando. Otro le responde repitiendo el mismo sustantivo, pero ahora en un tono y con un sentido distintos, dudando sobre lo justo de la repulsa del primero. De pronto, el tercero se indigna contra el primero, se mezcla brusca y acaloradamente en la conversación y le grita la misma palabra, pero como un insulto. Entonces se interpone de nuevo el segundo indignado con el tercero, el ofensor, y le frena, dándole a entender: «Oye, ¿que te ha pasado, muchacho, que te lanzas hecho una furia? Estábamos hablando tranquilamente y tú sales de pronto y te pones a insultar a Filka». Pero expresó todo ese pensamiento con la misma palabra prohibida, con un solo sustantivo, tomando por el hombro al tercer chico. De pronto, un cuarto, el más joven de todos, que había estado callado hasta entonces, parece haber encontrado la solución del problema origen de la disputa y, alzando entusiasmado el brazo, grita... ¿Creen ustedes que dijo: «¡Eureka...!», o ¡Lo encontré, lo encontré!»? No, nada de «eureka» y nada de «lo encontré» sólo la misma palabra, el mismo sustantivo que no figura en el diccionario. El quinto la repite complaciéndose, gritando de entusiasmo. Este entusiasmo resultó excesivo al sexto, el mayor de todos, descontento por ver zanjar a la ligera un asunto tan grave; al instante apagó el entusiasmo pueril del otro murmurándole con tono sombrío y reprobatorio... ese mismo término prohibido delante de las damas, queriendo decir: «¿A cuento de qué gritas? Te desgañitarás en vano». De esta forma, sin necesidad de pronunciar ninguna otra, repitieron su palabra predilecta seis veces, una tras otra y todas fueron perfectamente comprendidas por los demás. Yo fui testigo de ello» (1929, pág. 111-112)<sup>13</sup>.

Este es un ejemplo clásico de otra de las fuentes de las que emana la tendencia del lenguaje oral a la abreviación. Una primera fuente la encontramos en la comprensión mutua entre los interlocutores, puestos de acuerdo de antemano respecto al sujeto o al tema de la conversación. El ejemplo último trata de otra cosa. Como dice Dostoievski, cabe expresar con una palabra todos los pensamientos, todas las sensaciones e incluso las más profundas reflexiones. Esto resulta posible cuando la entonación revela el contexto psicológico interno, dentro del cual cobra sentido la palabra. En la conversación escuchada por Dostoievski, ese contexto consiste una vez en un rechazo

despectivo, otra vez en la duda, la tercera en la indignación, etc. Como queda de manifiesto cuando la entonación puede transmitir el contenido del pensamiento, el lenguaje muestra una pronunciada tendencia a la abreviación y una conversación completa puede desarrollarse a través de una sola palabra.

Es absolutamente evidente que estos dos rasgos facilitadores de la abreviación del lenguaje oral —el conocimiento del sujeto temático y la transmisión directa del pensamiento a través de la entonación—, están totalmente excluidos en el lenguaje escrito. Por esa razón, para expresar un mismo pensamiento, nos vemos obligados a usar muchas más palabras en el lenguaje escrito que en el lenguaje oral. Por eso, *el lenguaje escrito es la forma más elaborada, más exacta y más completa de lenguaje*. Por escrito, resulta necesario transmitir con palabras lo que en el lenguaje oral se transmite con ayuda de la entonación y de la percepción directa de la situación. Scherba<sup>14</sup> señala que el diálogo es la forma natural del lenguaje oral. Supone que el monólogo es en gran medida una forma lingüística artificial y que la lengua manifiesta su verdadera naturaleza en el diálogo. En efecto, desde el punto de vista psicológico, el lenguaje dialogado es la forma primaria de lenguaje. Yakubinski expresa el mismo pensamiento diciendo que el diálogo, que constituye indudablemente un fenómeno cultural, es al mismo tiempo un fenómeno más natural que el monólogo. Para la investigación psicológica es indudable que el monólogo representa una forma de lenguaje más elevada, más compleja, de desarrollo histórico más reciente que el diálogo. Pero de momento nos interesa comparar estas dos formas sólo en lo concerniente a su tendencia a la abreviación y a la reducción del lenguaje hasta llegar a expresiones puramente predicativas.

La rapidez del ritmo del lenguaje oral no favorece el curso de la actividad verbal como actividad volitiva compleja, es decir, mediante reflexión, deliberación y elección. Por el contrario, esa rapidez implica más bien su desarrollo en forma de un acto volitivo simple, con elementos característicos de los hábitos. Esto último se constata en el diálogo a través de una sencilla observación. En efecto, a diferencia del monólogo (y especialmente, escrito), la comunicación dialogada prevé la posibilidad de expresión inmediata y no premeditada. El diálogo es un lenguaje compuesto de réplicas, es una cadena de reacciones. El lenguaje escrito, como hemos visto, está relacionado desde el principio con la conciencia y con la intencionalidad. El diálogo ofrece casi siempre la posibilidad de dejar la expresión sin terminar, de hacerlo de forma incompleta. No requiere movilizar todas las palabras que serían necesarias para expresar el mismo pensamiento complejo en condiciones del lenguaje monológico. A diferencia de la simplicidad estructural del diálogo, el monólogo supone una cierta complejidad en cuanto a su estructura, lo cual atrae sobre los actos del lenguaje el foco de la conciencia, concentrando mayor atención en ellos. En el monólogo las relaciones verbales se convierten en determinantes, en fuente de sensaciones, se hacen presentes en la conciencia por ellas mismas.

Está muy claro que el lenguaje escrito es el reverso del lenguaje oral. Ni los interlocutores comparten de antemano la situación, ni hay posibilidad alguna de recurrir a la entonación expresiva, a la mímica y al gesto. Por tanto, en él se excluye de antemano la posibilidad de abreviaciones contemplada para el lenguaje oral. La comprensión se consigue a expensas de las palabras y sus combinaciones. El lenguaje escrito ayuda a que el lenguaje se desarrolle en la forma de una actividad compleja, de ahí el uso de borradores. El camino desde el borrador al escrito definitivo es el camino de esa actividad compleja. Incluso sin borrador material, la reflexión previa es muy importante en el lenguaje escrito: con mucha frecuencia lo decimos primero para nosotros mismos y después lo escribimos; en este caso existe un borrador mental. Ese borrador mental del lenguaje escrito es precisamente, como hemos intentado mostrar en el capítulo anterior, el lenguaje interno. El lenguaje interior desempeña ese papel de borrador mental no sólo en la escritura, sino también en el lenguaje oral. Por eso vamos a comparar el lenguaje oral y el escrito con el lenguaje interno en cuanto a la tendencia a la abreviación, que es lo que ahora nos interesa.

Como ya hemos visto, en el lenguaje oral la tendencia a la abreviación y a la predicación completa de los enunciados aparece en dos condiciones: cuando la situación está clara para los dos interlocutores y cuando el que habla expresa el contexto psicológico con ayuda de la entonación. Estas dos condiciones nunca se dan en el lenguaje escrito; esa es la razón por la cual esta tendencia a la predicación característica del lenguaje oral nunca se manifiesta en el lenguaje escrito y es la razón por la cual ésta es la forma más elaborada y explícita de lenguaje. Pero ¿qué ocurre al respecto con el lenguaje interno? Prestamos atención precisamente a su tendencia a la predicación porque el análisis de tales manifestaciones nos permite formular con total claridad uno de los principios más difíciles y complicados resultantes de nuestras investigaciones sobre el lenguaje interno: su carácter predicativo; principio de importancia central para todos los problemas relacionados con esta cuestión. Si en el lenguaje oral la tendencia hacia la predicación se manifiesta a veces (en ocasiones, con gran frecuencia y regularidad) y en el lenguaje escrito no se manifiesta nunca, en el lenguaje interno se manifiesta siempre. La forma predicativa es la única y fundamental del lenguaje interno, todo él constituido, desde el punto de vista psicológico, únicamente por predicados; además, en este caso no nos encontramos con la conservación relativa del predicado a expensas de una reducción del sujeto, sino con una predicación absoluta. En el lenguaje escrito, la formulación explícita del sujeto y el predicado es la norma; en el lenguaje interno la norma consiste en omitir siempre los sujetos y mantener únicamente los predicados.

¿En qué se basa, pues, ese carácter exclusivamente predicativo del lenguaje interno? En nuestra primera aproximación sólo pudimos constatar este hecho a través de los experimentos. No obstante, queda la tarea de generalizar este dato, darle sentido y explicarlo. Podemos conseguirlo únicamente observando el incremento evolutivo de la predicación, desde sus formas

iniciales hasta las culminantes, analizando teóricamente la dinámica evolutiva de la tendencia a la abreviación en el lenguaje interno y comparándola con esa misma tendencia en el lenguaje escrito y oral.

Comenzaremos por el segundo camino, el de la comparación del lenguaje interno con el lenguaje oral y escrito, sobre todo porque ya lo tenemos recorrido casi hasta el final y todo está preparado para su aclaración definitiva. La clave consiste en que las circunstancias que en ocasiones crean en el lenguaje oral la posibilidad de expresiones puramente predicativas, circunstancias que nunca se dan en el lenguaje escrito, acompañan constante e invariablemente al lenguaje interno, le son consustanciales. Por esa razón la tendencia a la predicación aparece inevitablemente en el lenguaje interno y, como muestra los experimentos, lo hace en permanentemente y del modo más puro y absoluto. Si el lenguaje escrito es diametralmente opuesto al oral en el sentido de su máxima amplitud y de la total ausencia de las circunstancias que provocan la omisión del sujeto en el lenguaje oral, el lenguaje interno también es diametralmente opuesto al lenguaje oral, pero en sentido contrario, porque en él predomina la predicación de forma absoluta y constante; como resultado, el lenguaje oral ocupa un lugar intermedio entre el lenguaje escrito por un lado y el interior por otro.

Examinemos con más detalle estas circunstancias favorecedoras de la abreviación del lenguaje interno. Recordemos una vez más que en el lenguaje oral la elipsis y las abreviaciones aparecen cuando el sujeto de la oración es conocido previamente por ambos interlocutores. Esa condición es la norma permanente del lenguaje interno. Siempre sabemos de qué trata nuestro lenguaje interno. Siempre estamos al corriente de nuestro propio estado psicológico. Siempre conocemos el tema de nuestro diálogo interior. Siempre sabemos en qué estamos pensando. Siempre tenemos presente el sujeto de nuestro lenguaje interno. Siempre está sobrentendido. En cierta ocasión, Piaget hizo notar que nosotros mismos creemos con facilidad en nuestra palabra y por eso la necesidad de hacer demostraciones y la capacidad de fundamentar el propio pensamiento sólo se producen durante el proceso de confrontación de nuestros pensamientos con los ajenos. Con igual derecho podríamos decir que nos entendemos a nosotros mismos muy fácilmente con medias palabras, con alusiones. En nuestro soliloquio, siempre nos encontramos en una situación que, a veces, se presenta también en el diálogo oral, aunque más bien como excepción que como regla; hemos presentado algunos ejemplos de ello. Volviendo a esos ejemplos, podemos decir que el lenguaje interno transcurre siempre en una situación similar a aquella en que, en la parada del tranvía, el hablante formula oraciones completas con un breve predicado: «B». En efecto, siempre estamos al corriente de lo que esperamos y de las intenciones que tenemos. A solas con nosotros mismos nunca tenemos necesidad de recurrir a expresiones extensas: «Viene el tranvía B, que estamos esperando para ir a tal sitio». En casos así, sólo el predicado es necesario y el predicado solo es suficiente. El sujeto se queda en la mente como, en la suma, se quedan en la mente del escolar las decenas que suben al sumando.

Es más, en el lenguaje interno, como Lewin en la conversación con su esposa, siempre expresamos valientemente nuestro pensamiento, sin molestartos en envolverlo con palabras exactas. Como hemos expuesto anteriormente, el contacto psicológico de los interlocutores crea en quienes hablan una comunalidad de apercepción<sup>15</sup>, lo que a su vez es determinante para comprender las alusiones, el lenguaje abreviado.

En la comunicación con uno mismo, en el lenguaje interno, esta comunalidad de apercepción es completa y absoluta; por lo tanto, en el lenguaje interno la norma es esa comunicación lacónica y clara, casi sin palabras, de los pensamientos más complejos, a la cual se refiere Tolstoi como rara excepción en el lenguaje oral, posible únicamente cuando entre quienes hablan existe una relación muy íntima. En el lenguaje interno nunca tenemos necesidad de nombrar aquello de lo que se habla, es decir, el sujeto. Nos limitamos siempre a referirnos tan sólo a lo que se dice de ese sujeto, o sea el predicado. De ahí procede el dominio del carácter predicativo puro en el lenguaje interno.

El análisis de una tendencia similar en el lenguaje oral nos ha permitido llegar a dos conclusiones fundamentales. Ha mostrado, primero, que la tendencia a la predicación surge en el lenguaje oral cuando los interlocutores conocen de antemano el sujeto de la expresión y cuando entre quienes hablan existe en mayor o menor grado una comunalidad de apercepción. Pero lo uno y lo otro, llevado al límite en forma absoluta, siempre tiene lugar en el lenguaje interno. Esto nos permite comprender por qué en este último deberá observarse un dominio absoluto del carácter predicativo puro. Como hemos visto, estas circunstancias conducen en el lenguaje oral a la simplificación de la sintaxis, al mínimo de la articulación sintáctica y, en general, a una estructura sintáctica peculiar. Pero lo que en el lenguaje oral se perfila como una tendencia más o menos vaga, se manifiesta de forma absoluta en el lenguaje interno como la máxima simplificación sintáctica, como la concentración absoluta del pensamiento, como una estructura sintáctica completamente nueva que, hablando con rigor, no significa más que la completa supresión de la sintaxis del lenguaje oral y una estructura puramente predicativa en la oración.

Nuestro análisis muestra, en segundo lugar, que la diferenciación funcional del lenguaje conduce obligatoriamente también a la diferenciación de su estructura. De nuevo, lo que en el lenguaje oral se perfila tan sólo como una tendencia más o menos débil hacia cambios estructurales influidos por las características funcionales del lenguaje, en el lenguaje interno se observa de forma absoluta y extrema. Como hemos podido constatar en la investigación genética y experimental, la función interna del lenguaje conduce de forma constante y sistemática a que el lenguaje egocéntrico que, al principio, sólo se distinguía del lenguaje social en el aspecto funcional, se diferencie gradualmente también en su estructura, a medida que crece la diferenciación funcional, llegando finalmente a la total supresión de la sintaxis del lenguaje oral.

Si de esta comparación del lenguaje interno con el lenguaje oral pasamos ahora a investigar directamente las particularidades estructurales del primero, podremos seguir paso a paso el aumento de su carácter predicativo. Al comienzo, la estructura del lenguaje egocéntrico todavía se confunde por completo con la del lenguaje social. A medida que se desarrolla y se va diferenciando como una función del lenguaje distinta y autónoma, manifiesta cada vez más la tendencia a la abreviación, a la debilitación de la sintaxis y a la condensación. Cuando se va silenciando e interiorizando, produce ya la sensación de un lenguaje incompleto y subordinado casi totalmente a la sintaxis puramente predicativa. Las observaciones efectuadas en el curso de los experimentos revelan cómo y de dónde procede esta nueva sintaxis del lenguaje interno. El niño habla acerca de lo que le tiene ocupado en ese momento, acerca de lo que está haciendo ahora, acerca de lo que se halla ante sus ojos. Por eso omite, reduce, condensa, cada vez más el sujeto y sus complementos. Y abrevia cada vez más el lenguaje hasta dejarlo sólo en el predicado. La notable regularidad establecida como resultado de estos experimentos consiste en lo siguiente: *cuanto más diferenciada se hace la función del lenguaje egocéntrico, más se acentúan sus particularidades sintácticas en el sentido de mayor simplificación y predicatividad.* Comparando en nuestros experimentos el lenguaje egocéntrico del niño cuando intervenía en el papel específico de lenguaje interno, como medio para tener en cuenta y comprender los impedimentos y dificultades provocados experimentalmente, con los casos en los cuales se manifestaba ajeno a esta función, se puede afirmar sin duda que cuanto mayor es la fuerza con que se manifiesta la función específicamente intelectual del lenguaje interno, mayor es la claridad con que se manifiestan también las particularidades de su estructura sintáctica.

El carácter predicativo del lenguaje interno no agota por completo la complejidad del fenómeno cuya influencia simple y superficial es la abreviación de ese lenguaje en comparación con el hablado. Cuando tratamos de analizar un fenómeno tan complejo, comprobamos que implica toda una serie de particularidades estructurales del lenguaje interno, de los cuales sólo nos detendremos en los más importantes. En primer lugar hemos de mencionar la reducción de los momentos fonéticos del lenguaje con las cuales ya nos hemos encontrado en algunos casos de abreviación del lenguaje oral. En la conversación de Kiti y Levin, la adivinación de frases completas por medio de las iniciales de las palabras nos permitió llegar a la conclusión de que cuando coincide la orientación de la conciencia, el papel de las excitaciones verbales se reduce al mínimo (las iniciales, en aquel caso) sin perjuicio de la correcta comprensión mutua. Pero esta reducción al mínimo del papel de las excitaciones verbales se lleva una vez más hasta el límite y se observa de forma casi absoluta en el lenguaje interno, ya que la coincidencia de orientación de la conciencia es máxima.

En esencia, en el lenguaje interno se da siempre una situación que en el lenguaje oral constituye una sorprendente y rara excepción. En el lenguaje interno nos encontramos siempre en la situación de la conversación entre

Kiti y Levin. Por eso, jugamos siempre al «secreter» que es como un príncipe antiguo llamaba a esta conversación basada en adivinar las frases complejas partiendo de las letras iniciales. En las investigaciones de Lemaitre sobre el lenguaje interno encontramos una sorprendente analogía con esta conversación. Uno de los adolescentes de doce años que sirvieron de sujeto a Lemaitre piensa la frase: «*Les montagnes de la Suisse sont belles*» en forma de una serie de letras: l, m, d, l, S, s, b, tras las cuales se ve el vago contorno de una línea de montañas. (Lemaitre, 1905, pág. 5). Aquí vemos la formación del lenguaje interno en su mismo comienzo mediante un procedimiento análogo de reducción del lenguaje, de reducción del aspecto fonético de la palabra a sus iniciales, como tenía lugar en la conversación entre Kiti y Levin. Para hablar con nosotros mismos no necesitamos pronunciar las palabras hasta el final. Nos basta la intención para saber qué palabra vamos a pronunciar.

Con esta comparación no tratamos de decir que en el lenguaje interno las palabras se sustituyan siempre por las letras iniciales, ni que el lenguaje se desarrolle con ayuda del mecanismo que ha resultado semejante en ambos casos. Se trata de algo mucho más general. Queremos tan sólo señalar que, tal como se reduce al mínimo el papel de las excitaciones verbales en el lenguaje oral cuando la orientación de la conciencia coincide, como sucedió en la conversación de Kiti y Levin, en el lenguaje interno la reducción del aspecto fonético sucede de forma constante. El lenguaje interno es, en sentido estricto, un lenguaje casi sin palabras. Precisamente por eso es por lo que parece tan notable la coincidencia de nuestros ejemplos; el que en determinados casos infrecuentes tanto el lenguaje oral como el interno reduzcan las palabras hasta convertirlas tan sólo en letras iniciales, el que en ambos intervenga un mismo mecanismo, nos convence aún más de la proximidad interna entre los procesos del lenguaje oral y del lenguaje interno que venimos comparando.

Tras la abreviación del lenguaje interno en comparación con el oral se descubre aún otro fenómeno, también de gran importancia para comprender mejor su naturaleza psicológica. Hasta ahora hemos mencionado el carácter predicativo y la reducción del aspecto fásico del lenguaje como las dos fuentes de que procede la abreviación del lenguaje interno. Ya estos dos fenómenos anuncian que en el lenguaje interno vamos a encontrar en general relaciones entre el aspecto semántico y fonético diferentes por completo a las que se dan en el lenguaje oral. Reducido al mínimo el aspecto fásico del lenguaje, su sintaxis y su fonética simplificadas y condensadas al máximo, el significado de la palabra ocupa el primer plano. El lenguaje interno opera preferentemente con la semántica y no con la fonética. Esta relativa independendencia entre el significado de la palabra y su aspecto sonoro destaca extraordinariamente en el lenguaje interno.

Para aclarar esto tenemos que examinar con más detalle la tercera fuente de la abreviación del lenguaje interno que, como acabamos de ver, condensa muchas relaciones entre significados distintos e independientes: esa tercera fuente es la peculiar estructura semántica del lenguaje interno. Como de-

muestra la investigación la organización de los significados en el lenguaje interno, su estructura semántica, no es menos singular que su sintaxis y su fonética. ¿Cuáles son las características fundamentales de la semántica del lenguaje interno? A través de nuestras investigaciones hemos podido identificar tres de estas características fundamentales, relacionadas internamente entre sí, que determinan la peculiaridad semántica del lenguaje interno.

La primera consiste en la preponderancia del sentido de la palabra sobre su significado. Pauhlan<sup>16</sup> ha prestado un gran servicio al análisis psicológico del lenguaje al introducir la distinción entre el sentido de la palabra y su significado. Para Pauhlan, el sentido de la palabra es la suma de todos los sucesos psicológicos evocados en nuestra conciencia gracias a la palabra. Por consiguiente, el sentido de la palabra es siempre una formación dinámica, variable y compleja que tiene varias zonas de estabilidad diferente. El significado es sólo una de esas zonas del sentido, la más estable, coherente y precisa. La palabra adquiere su sentido en su contexto y, como es sabido, cambia de sentido en contextos diferentes. Por el contrario, el significado permanece invariable y estable en todos los cambios de sentido de la palabra en los distintos contextos. Las variaciones del sentido representan el factor principal en el análisis semántico del lenguaje. El significado real de la palabra no es constante. En una operación la palabra actúa con un significado y en otra adquiere un significado distinto. El dinamismo del significado es el que nos lleva al problema de Paulhan, a la cuestión de la relación entre el significado y el sentido. La palabra en su singularidad tiene sólo un significado. Pero este significado no es más que una potencia que se realiza en el lenguaje vivo y en el cual este significado es tan sólo una piedra en el edificio del sentido.

Aclararemos la diferencia entre el significado y el sentido de la palabra en el ejemplo de la fábula de Krylov «La cigarra y la hormiga». La palabra «baila» con la cual concluye la fábula tiene un significado bien definido y constante en cualquier contexto en que aparezca. Pero en el contexto de la fábula adquiere un sentido intelectual y afectivo mucho más amplio: «diviértete» pero también «muere». Ese enriquecimiento del significado de la palabra con el sentido añadido procedente del contexto es el principio esencial de la dinámica de los significados de la palabra. La palabra está inserta en un contexto del cual toma su contenido intelectual y afectivo, se impregna de ese contenido y pasa a significar más o menos de lo que significa aisladamente y fuera del contexto: más porque se amplía su repertorio de significados, adquiriendo nuevas áreas de contenido; menos, porque el contexto en cuestión limita y concreta su significado abstracto. El sentido de la palabra, dice Pauhlan, es un fenómeno complejo y móvil que, en cierta medida, cambia constantemente de unas conciencias a otras y de unas situaciones a otras para la misma conciencia. En este aspecto, el sentido de la palabra es ilimitado. La palabra cobra sentido en el contexto de la frase, pero la frase lo toma a su vez del contexto del párrafo, el párrafo lo debe al contexto del libro y el libro lo adquiere en el contexto de toda la creación

del autor. El verdadero sentido de cada palabra está determinado, en definitiva, por la abundancia de elementos existentes en la conciencia referidos a lo expresado por la palabra en cuestión. Según Paulhan, el sentido de la Tierra está en el Sistema Solar, que complementa la idea de Tierra; el Sistema Solar tiene sentido en la Vía Láctea y el sentido de la Vía Láctea..., todo lo cual quiere decir que nunca abarcamos el sentido completo de las cosas y, por consiguiente, tampoco el sentido completo de las palabras. La palabra es una fuente inagotable de nuevos problemas, su sentido nunca está acabado. En definitiva, el sentido de las palabras depende conjuntamente de la interpretación del mundo de cada cual y de la estructura interna de la personalidad.

Pero el mérito principal de Paulhan consiste en haber analizado las relaciones entre el sentido y la palabra y en haber sido capaz de demostrar que entre sentido y palabra las relaciones son mucho más independientes entre sí que entre el significado y la palabra. Las palabras pueden dissociarse de su sentido. Desde hace tiempo se sabe que las palabras pueden cambiar de sentido. Más recientemente se ha observado que es también necesario estudiar cómo el sentido puede modificar las palabras, o, mejor dicho, cómo los conceptos cambian de nombre. Paulhan ofrece muchos ejemplos de cómo las palabras continúan cuando se evapora su sentido. Analiza las frases estereotipadas habituales (por ejemplo, «¿Cómo está usted?»), la mentira y otras manifestaciones de la independencia entre la palabra y su sentido. El sentido puede separarse de la palabra que lo expresa con la misma facilidad con que puede sumarse a cualquier otra. El sentido de la palabra, dice Paulhan, está relacionado con la palabra en su conjunto, no con cada uno de sus fonemas, exactamente igual, el sentido de la oración está relacionado con la frase en su conjunto, no por separado con las palabras que lo integran. Por eso sucede que podemos sustituir una palabra por otra sin alterar el sentido. El sentido se separa de la palabra y de ese modo se conserva. Pero la palabra puede existir sin sentido, así como el sentido puede existir sin palabras.

Recurrimos de nuevo al análisis de Paulhan para descubrir en el lenguaje oral un fenómeno próximo al que hemos podido constatar experimentalmente en el lenguaje interno. Por regla general, en el lenguaje oral vamos de la zona más estable y permanente del sentido a su zona menos constante, es decir, vamos del significado de la palabra a sus zonas más fluyentes, a su sentido en general. Por el contrario, el predominio del sentido sobre el significado, que podemos observar en el lenguaje oral sólo en casos aislados, se presenta como la tendencia general más o menos manifiesta en el lenguaje interno y llega, en ocasiones, hasta el límite matemático, dominándolo de forma absoluta. En el lenguaje interno, el predominio del sentido sobre el significado, de la frase sobre la palabra y del contexto sobre la frase no es una excepción, sino la norma general.

De esta circunstancia se derivan otras dos particularidades semánticas del lenguaje interno. Ambas se refieren al proceso de unión, de combinación y fusión de palabras. La primera de ellas es parecida al fenómeno de la

aglutinación como procedimiento de unión de palabras, muy frecuente en ciertas lenguas y relativamente raro en otras. En alemán, por ejemplo, los sustantivos suelen formarse a partir de varias palabras o de una frase completa, cuyo valor funcional, en tales casos, es el de una sola palabra. En algunas lenguas encontramos esta forma de fusión de palabras como una regla de uso general. Estas palabras compuestas, dice Wundt, no son agregados casuales de palabras, sino que obedecen determinadas leyes. En todos los idiomas la palabra compuesta es la suma de varias palabras que expresan conceptos simples, el significado de la nueva palabra expresa no sólo un concepto más complejo, sino también las ideas elementales incluidas en ese nuevo concepto. En esta conexión mecánica o en la aglutinación de los elementos de la lengua, el énfasis recae en la raíz principal o en el concepto principal, por eso estas lenguas son tan fáciles de comprender. En el idioma de los indios delaware de norteamérica existe una palabra compuesta formada a partir de las palabras «llevar» «barca» y «a nosotros» cuyo significado literal es: «llegar hasta nosotros en barca» o «venir en barca hasta nosotros». Esta palabra, utilizada habitualmente para desafiar al enemigo a cruzar el río, se conjuga en todas las conjugaciones y los diversos tiempos de los verbos del idioma delaware. Merecen ser señalados aquí dos cuestiones: en primer lugar, las palabras simples componentes de la palabra compuesta experimentan con frecuencia reducciones fonéticas, de modo que sólo una parte de ellas pasa a integrar la palabra compuesta; en segundo lugar, la palabra compuesta así construida para expresar un concepto complejo, se comporta funcional y estructuralmente como una sola palabra y no como una locución. En las lenguas americanas, dice Wundt, la palabra compuesta es considerada completamente igual que una palabra simple y se declina y conjuga exactamente de la misma forma.

Algo análogo hemos observado en el habla egocéntrica del niño. A medida que esta forma de lenguaje se interioriza, la aglutinación como procedimiento para formar palabras compuestas con las cuales expresar conceptos complejos se manifiesta cada vez con más frecuencia y claridad. El habla egocéntrica del niño manifiesta el incremento progresivo de esta tendencia a la adhesión asintáctica de las palabras en paralelo al descenso del coeficiente del lenguaje egocéntrico.

La tercera y última de las particularidades semánticas del lenguaje interno puede aclararse más fácilmente si la comparamos con el fenómeno análogo en el lenguaje oral. En esencia es lo siguiente: los sentidos de las palabras, más amplio y más dinámico que su significado, se fusiona y se une según unas reglas distintas de las que pueden observarse en la unión y fusión de los significados de las palabras. En el lenguaje egocéntrico observamos ese modo peculiar de unión de las palabras que hemos denominado *influjo del sentido*, interpretando este término al mismo tiempo en su significado literal original (*inyección*) y en el figurado, convertido ahora en un significado de carácter general. Los sentidos de diferentes palabras se influyen entre sí como si se

virtiesen unos en otros, como si el sentido de una palabra estuviera contenido en el de otra o lo modificase.

En lo referido al lenguaje externo, es fácil observar fenómenos análogos en el lenguaje literario. Una palabra usada repetidas veces a lo largo de un libro o un poema, absorbe las distintas unidades de sentido contenidas en la obra y adquiere un sentido equivalente, en cierto modo, a la obra misma. Esto se aprecia con facilidad, por ejemplo, en el título de las obras literarias. En literatura, la relación entre el título y la obra es distinta que en pintura o en música. El título de una obra literaria expresa y corona en mayor medida su sentido que el nombre de cualquier cuadro. Títulos como *Don Quijote*, *Hamlet*, *Eugenio Oneguin* y *Ana Karenina* ilustran con la mayor claridad la ley de influjo del sentido. En ellos, una palabra contiene el sentido de toda una obra. Otro excelente ejemplo del influjo del sentido lo tenemos en el título del poema de Gógol *Almas muertas*. Originalmente, el título se refería a los siervos muertos cuyo nombre aún no había sido excluido del censo oficial y por eso podían ser comprados y vendidos como si estuvieran vivos. Se trataba de siervos muertos que constaban todavía como vivos. Este sentido del término a lo largo de todo el poema, cuyo argumento se teje en torno a ese tráfico de almas muertas. Pero estas dos palabras, que marcan como un hilo rojo todo el tejido del poema, adquieren un sentido completamente nuevo, inmensamente más rico, absorbiendo, como absorbe la esponja el agua del mar, el sentido de las imágenes y las abstracciones más profundas de los diferentes capítulos del poema de modo que, al final, están totalmente impregnadas de esos sentidos. Entonces, estas palabras significan algo totalmente nuevo en comparación con su significado inicial. «Almas muertas» no son sólo los siervos fallecidos que aún constan como vivos, también lo son los personajes del poema, físicamente vivos pero muertos espiritualmente.

En el lenguaje interno observamos un fenómeno análogo, llevado una vez más al límite. Es como si la palabra incluyera el sentido de las palabras anteriores y las posteriores, extendiendo casi ilimitadamente su significado. En el lenguaje interno, la palabra está mucho más cargada de sentido que en el lenguaje externo. Está tan saturada de sentidos diferentes que para traducirla al lenguaje externo sería necesario utilizar todas las palabras condensadas en ella; como el título del poema de Gógol, que para expresar su sentido por completo sería necesario extenderse hasta reproducir el texto completo de *Almas muertas*. Sin embargo, tal como se pueden encerrar los múltiples sentidos de este poema en el reducido marco de dos palabras, un enorme contenido semántico puede fundirse en el recipiente de una palabra en el lenguaje interno.

Todas estas particularidades semánticas del lenguaje interno nos remiten al hecho, observado por muchos investigadores, de la ininteligibilidad del lenguaje egocéntrico o el lenguaje interno. Es imposible comprender la expresión egocéntrica del niño si no vemos qué hace y qué mira, porque no podemos saber a qué se refiere el predicado que la compone. Según Watson,

si se lograra grabar el lenguaje interno en el disco de un fonógrafo, nos resultaría totalmente incomprensible. La incomprensibilidad del lenguaje interno, igual que su carácter abreviado, es un hecho señalado por todos los investigadores, pero no ha sido analizado ni una sola vez. Sin embargo, igual que su carácter abreviado, este rasgo es el resultado de numerosos factores, el compendio de una amplia variedad de fenómenos.

Todas estas características del lenguaje interno (su peculiar sintaxis, su reducción fonética y su singular estructura semántica) revelan y explican suficientemente la naturaleza psicológica de su incomprensibilidad. Sin embargo, vamos a detenernos aún en dos factores que condicionan de algún modo esta incomprensibilidad y se ocultan tras ella. El primero es una consecuencia global de todas las características enumeradas más arriba y se deriva directamente de la peculiaridad funcional del lenguaje interno. Por su función, no es lenguaje comunicativo, sino para uno mismo. Es un lenguaje cuyas condiciones internas son completamente distintas a las del lenguaje externo, cuyas funciones son otras muy diferentes. No es extraño que sea incomprensible; lo extraño sería esperar que pudiese ser comprensible. El segundo de los factores que condicionan la ininteligibilidad del lenguaje interno guarda relación con su peculiaridad semántica. Para aclarar nuestra idea, recurriremos de nuevo a comparar el fenómeno del lenguaje interno al que nos referimos con fenómenos afines del lenguaje externo. En *Infancia, Adolescencia, Juventud* y en otras obras suyas, Tolstoi relata cómo entre personas que conviven, las palabras adquieren fácilmente significados convencionales, se desarrolla un dialecto especial, una jerga sólo comprensible para quienes han participado en su creación. Los hermanos Irtiéniev\* tenían su dialecto. También los golfillos tenían uno. En determinadas condiciones, las palabras modifican su sentido y significado habituales y adoptan un significado especial proporcionado por las condiciones específicas de su aparición.

Dadas las condiciones del lenguaje interno es muy comprensible que se desarrolle también un dialecto interior. En el uso interno, cada palabra adquiere paulatinamente nuevos rasgos y matices que, al sumarse, configuran un nuevo sentido de la palabra. Los experimentos muestran que los significados de las palabras en el lenguaje interno son siempre *idiomáticos*, intraducibles al lenguaje externo. Se trata siempre de significados individuales de las palabras, comprensibles sólo en el plano del lenguaje interno, cuyas elisiones y omisiones son igualmente idiomáticas.

En esencia, la fusión de diversos contenidos semánticos en una sola palabra supone en cada caso la formación de un significado individual, intraducible, es decir, de una locución idiomática. Aquí ocurre lo que hemos afirmado más arriba en el ejemplo clásico de Dostoievski. Lo que sucedió en la conversación de los seis borrachos, excepcional en el lenguaje externo, es lo normal en el lenguaje interno. Nos permite expresar cualquier pensamiento

\* Los hermanos Irtiéniev son los protagonistas de la trilogía *Infancia, Adolescencia y Juventud*. [Nota del traductor.]

o sensación e incluso los razonamientos más profundos únicamente con una palabra. Naturalmente, el significado de esa sola palabra en tales pensamientos complejos, sensaciones y razonamientos es intraducible al lenguaje externo y resulta inconmensurable con el significado corriente de esa misma palabra. Gracias, al carácter idiomático de toda la semántica del lenguaje interno resulta incomprensible e imposible de traducir al lenguaje corriente.

Con esto podemos dar por terminado el resumen de las particularidades del lenguaje interno analizadas en nuestros experimentos. Sólo es necesario puntualizar que todas estas particularidades se constataron inicialmente en el estudio experimental del lenguaje egocéntrico; sin embargo, para interpretarlas, recurrimos a compararlas con fenómenos análogos y afines en el lenguaje externo. Era importante hacerlo no sólo porque este procedimiento para generalizar nuestros resultados y, por consiguiente, para interpretarlos correctamente, no sólo nos permite ilustrar con ejemplos del lenguaje oral las complejas y sutiles particularidades del lenguaje interno, sino fundamentalmente porque esta comparación demuestra que ya el lenguaje externo encierra las posibilidades de formación de estas particularidades, con lo cual confirmó nuestra hipótesis acerca de la génesis del lenguaje interno a partir del lenguaje egocéntrico y del lenguaje externo. Es importante constatar que, en determinadas circunstancias, todas estas particularidades pueden aparecer en el lenguaje externo, es importante esa posibilidad, que la tendencia a la predicación, a la reducción fonética, al predominio del sentido de la palabra sobre su significado, a la aglutinación de las unidades semánticas, al influjo del sentido de las palabras y al carácter idiomático del lenguaje puedan observarse también en el lenguaje externo. La naturaleza y las leyes de la palabra lo admiten, lo hacen posible. Este hecho nos parece, lo repetimos, la principal confirmación de nuestra hipótesis sobre el origen del lenguaje interno a partir de la diferenciación y la separación entre el lenguaje egocéntrico y el lenguaje social del niño.

Ninguna de las mencionadas particularidades del lenguaje interno nos permite dudar de la validez de nuestra tesis principal formulada desde el comienzo, según la cual *el lenguaje interno es una función del lenguaje absolutamente diferenciada, independiente y única*. En efecto ante nosotros tenemos un lenguaje diferenciado por completo del lenguaje externo, lo cual nos autoriza a considerarlo como un plano interior propio del pensamiento verbal que media la relación dinámica entre el pensamiento y la palabra. Después de todo lo dicho sobre la naturaleza del lenguaje interno, sobre su estructura y sus funciones, resulta evidente que la transición del lenguaje interno al externo no es la traducción directa de un lenguaje a otro, ni la simple unión del sonido con el lenguaje silencioso, ni la mera vocalización del lenguaje interno, sino la *reestructuración* de ese lenguaje, la transformación de su sintaxis absolutamente propia y peculiar, la sustitución de la estructura semántica y fonética del lenguaje interno por las estructuras propias del lenguaje externo. Del mismo modo que el lenguaje interno no es lenguaje oral sin sonido, el lenguaje externo no es lenguaje interno con sonido. La

transición del lenguaje interno al externo es una complicada transformación dinámica, la transformación de un lenguaje predicativo e idiomático en un lenguaje sintácticamente articulado e inteligible para los demás.

Ahora podemos volver al punto de partida de nuestro análisis, a la definición del lenguaje interno en contraste con el lenguaje externo. Hemos dicho que el lenguaje interno es una función diferenciada, que en cierto sentido es opuesta al lenguaje externo. No estábamos de acuerdo con quienes consideraban el lenguaje interno como el precedente del lenguaje externo, como su aspecto interno. El lenguaje externo supone la transición del pensamiento a la palabra, es un proceso de materialización y objetivación del pensamiento. En el lenguaje interno observamos un proceso de sentido opuesto, un proceso que parece dirigirse de fuera a dentro, un proceso de evaporación del lenguaje transformándose en pensamiento. Pero el lenguaje no desaparece en absoluto en su forma interior. La conciencia no se evapora ni se disuelve en el espíritu puro. El lenguaje interno sigue siendo, no obstante, lenguaje; es decir, pensamiento relacionado con palabras. Pero, mientras que en el lenguaje externo el pensamiento se realiza en la palabra, en el lenguaje interno la palabra muere alumbrando un pensamiento. En gran medida, el lenguaje interno consiste en el acto de pensar con significados puros. Pero, como dice el poeta, «en el cielo nos cansamos pronto». El lenguaje interno es dinámico, inestable, variable, se mueve entre los dos extremos definidos y estables del pensamiento verbal que estamos estudiando, fluctúa entre la palabra y el pensamiento y en un instante pasa de uno al otro polo. Por eso, su verdadero lugar y su significación sólo podrán dilucidarse profundizando en nuestro análisis un paso más allá del lenguaje interior, haciéndonos una idea, aunque sólo sea aproximada, del siguiente plano consolidado del pensamiento verbal.

Este plano siguiente es el pensamiento mismo. La primera tarea de nuestro análisis consiste en distinguir este plano, separarlo de la unidad en que se encuentra siempre. Ya hemos dicho que todo pensamiento tiende a unir algo con algo, tiene movimiento, corriente, desarrollo, crea una relación entre algo y algo, cumple una función, hace una tarea, resuelve un problema. Esta corriente, este fluir del pensamiento no se corresponde de forma directa e inmediata con el despliegue del lenguaje. Las unidades del pensamiento y las unidades del lenguaje no coinciden. Ambos procesos descubren su unidad, pero no su identidad. Están ligados entre sí por complejas transiciones y transformaciones, pero no se confunden uno con otro como dos líneas rectas superpuestas. Nos convencemos de esto al hacerse evidente en casos tales como cuando el pensamiento no consigue expresarse, cuando, como dice Dostoievski, el pensamiento no encuentra las palabras apropiadas. Para verlo más claro, recurriremos de nuevo a un ejemplo literario tomado de uno de los héroes de Uspienski<sup>17</sup>. En una escena, un desgraciado peregrino, al no encontrar palabras para expresar el profundo pensamiento que le embarga, se atormenta impotente y se retira a orar ante el santo para que Dios le proporcione el concepto, sumido en una inefable sensación de angustia. Sin

embargo, lo que de hecho experimenta esta pobre y abatida mente no se diferencia en nada de los tormentos de la palabra del poeta o del pensador:

«Yo, querido amigo, te lo diría así, no te ocultaría nada, pero no tengo palabras suficientes... digo que me parece que tengo las ideas, pero en cuando busco las palabras, no me salen. Esa es mi estúpida desgracia». De cuando en cuando, fugaces intervalos de luz reemplazan la oscuridad, al desgraciado se le aclara el pensamiento y le parece, como al poeta, que de un momento a otro «el enigma mostrará una cara conocida». Dió comienzo a su explicación:

—«Si, por ejemplo, regreso a la tierra, porque de la tierra salí,... de la tierra... Si regreso, por ejemplo, a la tierra, ¿cómo pues,... ¿De qué especie habrá de ser el precio que puedan pedirme por la tierra?»

—«Ah», dijimos con alivio.

—«Espera, aquí aún haría falta una palabra... Vean señores cómo hay que...» El peregrino se levantó y se plantó en medio de la habitación, estrujándose las manos.

—«Aquí no se ha dicho nada de lo realmente auténtico. Y hay que hacerlo así porque, por ejemplo —pero aquí se detuvo y dijo de repente— El alma, ¿quién te la dio?»

—«Dios.»

—«Justo. Eso es. Ahora, mira aquí...»

Nos estábamos preparando para mirar, pero al caminante volvieron a faltarle las palabras y perdiendo energía y golpeándose con el puño en la cadera exclamó casi con desesperación:

—«¡Nones! ¡No hay nada que hacer! No es por ahí... ¡Ay, Dios mío! ¡Hay tanto que decir aquí! ¡Aquí hay que decir de dónde viene! ¡Aquí sobre el alma es lo que hace tanta falta! ¡No, no!» (1949, pág. 184).

En este caso se ve claramente el límite que separa el pensamiento de la palabra; infranqueable Rubicón para el que habla, separando su pensamiento y su lenguaje. Si el pensamiento coincidiese directamente en su estructura y curso con la estructura y el curso del lenguaje, el caso que describe Uspienski sería imposible. Sin embargo, el pensamiento tiene su propia estructura y su curso, y su transición a la estructura y al curso del lenguaje supone grandes dificultades no sólo para el protagonista de la escena que acabamos de transcribir. Con este problema del pensamiento oculto tras la palabra se han enfrentado los directores de teatro probablemente antes que los psicólogos. Concretamente, en el método de interpretación de Stanislavski encontramos un intento de reconstruir el subtexto en cada frase de un drama, es decir, de descubrir el pensamiento y el deseo que encierra. Recurramos nuevamente a un ejemplo\*: Chatski dice a Sofía: «Bienaventurado el que cree, la fe endulzará su vida». Stanislavski interpreta el subtexto de esta frase como el

\* Tomado del drama de Griboiédov, *Tristeza de la sabiduría*. Véase más adelante la secuencia completa. [Nota de la edición española: A. L.]

pensamiento «Dejémos esta conversación». Con el mismo fundamento podríamos entenderla como la expresión de otro pensamiento «No le creo. Dices palabras de consuelo para tranquilizarme». O bien podría expresar este otro pensamiento «¿Es que no se da cuenta de cómo me atormenta? Ojalá pudiera creerle. Eso sería mi mayor felicidad». Todos los enunciados de la vida real tienen algún subtexto, un pensamiento oculto tras ella. Anteriormente, al intentar mostrar la falta de coincidencia entre el sujeto y el predicado psicológico y el gramatical, dejamos sin terminar nuestro análisis de los ejemplos presentados. De igual modo que un mismo enunciado puede expresar diferentes pensamientos, un mismo pensamiento puede expresarse en distintos enunciados. La falta de coincidencia entre las estructuras psicológica y gramatical de la oración está determinada en primer lugar por el propio pensamiento expresado en esa oración. En la respuesta «El reloj se ha caído» dada a la pregunta «¿Por qué se ha parado el reloj?» podía estar el pensamiento «No lo he estropeado yo, se ha caído»; pero ese mismo pensamiento podría expresarse también con otras palabras «No acostumbro a tocar las cosas ajenas, yo estaba limpiándole el polvo». Si se trata de una justificación, cualquiera de esas dos frases puede expresarla. En ocasiones como esta, enunciados muy distintos en cuanto a su significado pueden expresar el mismo pensamiento.

Hemos llegado, por tanto, a la conclusión de que el pensamiento no coincide directamente con la expresión verbal. El pensamiento no está compuesto por unidades separadas como le sucede al lenguaje. Si quiero comunicar el pensamiento «Hoy he visto cómo un niño con blusa azul y descalzo corría por la calle» no veo por separado al niño, la blusa, el color azul, que no lleva zapatos, y que corre. Concibo el conjunto en un único acto del pensamiento, pero en el lenguaje lo descompongo en palabras distintas. El pensamiento representa siempre un todo más extenso y voluminoso que una sola palabra. Con frecuencia, el hablante necesita varios minutos para exponer una idea. En su mente, ese pensamiento está presente como un todo, no como una sucesión de unidades sueltas, como se desarrolló en su habla. *El contenido simultáneo en el pensamiento se despliega en forma sucesiva en el lenguaje.* Cabe comparar el pensamiento con una densa nube que descarga una lluvia de palabras. El proceso de transición del pensamiento al lenguaje implica un complejísimo proceso de descomposición del pensamiento y de recomposición en palabras. Precisamente porque el pensamiento no coincide no sólo con la palabra, sino tampoco con los significados de las palabras en las que se manifiesta, el camino del pensamiento a la palabra pasa por el significado. En nuestro lenguaje hay siempre una segunda intención, un subtexto oculto. Como la transición directa del pensamiento a la palabra es imposible y exige siempre iniciar un camino complejo, son frecuentes los lamentos sobre la imperfección de la palabra y lo inefable del pensamiento:

¿Cómo puede expresarse el corazón?

¿Cómo podrán comprenderlo los otros...?<sup>18</sup>

¡Oh, si le fuera posible al alma expresarse sin palabras!<sup>19</sup>

Para superar estas limitaciones a veces se producen intentos de fundir las palabras, creando nuevos caminos del pensamiento a la palabra a través de palabras con nuevos significados. Jlébnikov<sup>20</sup> comparaba esta labor con la apertura de una carretera de un valle a otro. Hablaba de un camino directo entre Moscú y Kiev sin pasar por Nueva York. Se nombraba a sí mismo ingeniero de caminos del idioma.

Como ya hemos dicho y la experiencia nos enseña, el pensamiento no se refleja en la palabra, se realiza en ella. Pero a veces el pensamiento tampoco se realiza en la palabra, como en el caso del personaje de Uspienski. ¿Sabía él lo que quería pensar? Lo sabía como lo saben quienes quieren memorizar algo pero no consiguen hacerlo. ¿Había comenzado a pensar? Había comenzado como comienzan aquellos a memorizar. Pero, ¿logró este pensamiento como proceso? La respuesta a esta pregunta ha de ser negativa. El pensamiento no sólo está mediado externamente por los signos, internamente está mediado por los significados. El hecho es que la comunicación directa entre conciencias es imposible tanto física como psicológicamente. Sólo se alcanza a través de un camino indirecto, mediado. Ese camino consiste en la mediación interna del pensamiento, primero por los significados y luego por las palabras. El pensamiento nunca equivale al significado directo de las palabras. El significado media el pensamiento en su camino hacia la expresión verbal, es decir, el camino del pensamiento a la palabra es un camino indirecto y mediado internamente.

Nos queda el último y definitivo paso en el análisis de los planos internos del pensamiento verbal. El pensamiento no es la última instancia en este proceso. El pensamiento no nace de sí mismo ni de otros pensamiento, sino de la esfera motivacional de nuestra conciencia, que abarca nuestras inclinaciones y nuestras necesidades, nuestros intereses e impulsos, nuestros afectos y emociones. Detrás de cada pensamiento hay una tendencia afectivo-volitiva. Sólo ella tiene la respuesta al último «¿por qué?» en el análisis del proceso de pensar. Si hemos comparado anteriormente el pensamiento con la nube que arroja una lluvia de palabras, deberíamos comparar la motivación del pensamiento, continuando la metáfora, con el viento que pone en movimiento las nubes. La comprensión real y completa del pensamiento ajeno sólo resulta posible cuando descubrimos la trama afectivo-volitiva oculta tras él. Podemos ilustrar cómo los motivos generan el pensamiento y rigen su curso con el ejemplo anterior de la interpretación del subtexto en la representación escénica de un papel cualquiera. Tras cada una de las frases del personaje de un drama hay un deseo, como enseña Stanislavski, orientado a la satisfacción de unas determinadas tareas volitivas. En este caso, lo que es necesario reconstruir con ayuda del método de interpretación escénica es el momento inicial de cualquier acto del pensamiento verbal.

Como tras cada enunciado verbal hay una tarea volitiva, Stanislavski apuntaba paralelamente a cada frase del texto teatral el correspondiente deseo subyacente al pensamiento y al lenguaje del personaje. Tomemos como ejemplo el texto y el subtexto de un diálogo de Chatski en una interpretación aproximada a como la concebía Stanislavski.

*Texto de la obra. Diálogos.*

Sofía.—«¡Ay, Chatski, qué contenta estoy de que hayáis venido!»

Chatski.—«Estáis contenta, enhorabuena. Pero, ¿es sincera tanta alegría? A fin de cuentas, parece que haciendo tiritar a hombres y caballos he buscado sólo mi propio consuelo.»

Liza.—«Pero señor, si usted hubiera estado tras la puerta, le juro que habría escuchado mencionar su nombre no hace ni cinco minutos. ¡Dígaselo usted, señorita!»

Sofía.—«Ni ahora, ni nunca habéis podido reprocharme nada.»

Chatski.—«Supongamos que así es. Bienaventurado el que cree, la fe endulzará su vida.»

*Intenciones paralelas.*

Trata de ocultar su confusión.

Trata de avergonzarla, ironizando en el reproche.

Trata de obligarla a sincerarse.

Trata de calmarlo y ayudar a Sofía a salir de la difícil situación.

Trata de tranquilizar a Chatski. ¡No soy culpable de nada!

Dejemos esta conversación.

Para comprender el lenguaje ajeno nunca es suficiente comprender las palabras, es necesario comprender el pensamiento del interlocutor. Pero incluso la comprensión del pensamiento, si no alcanza el motivo, la causa de la expresión del pensamiento, es una comprensión incompleta. De la misma forma, en el análisis psicológico de cualquier expresión sólo está completo cuando descubrimos el plano interno más profundo y más oculto del pensamiento verbal, su motivación.

Aquí termina nuestro análisis. Examinemos a qué resultados nos ha conducido. El pensamiento verbal se nos presenta como un conjunto dinámico complejo, en el que la relación entre el pensamiento y la palabra se ha puesto de manifiesto como el movimiento a través de una serie de planos internos, como la transición de un plano a otro. Hemos efectuado nuestro análisis desde el plano más externo hasta el más interno. En la práctica real, el pensamiento verbal recorre el recorrido inverso: parte del motivo que engendra cada pensamiento, pasa por la formalización de ese pensamiento, primero a su formación y a su mediación en la palabra interna, luego mediado por los significados de las palabras externas y finalmente expresado en palabras. No obstante, sería erróneo suponer que este es el único recorrido del pensamiento a la palabra. Por el contrario, de acuerdo con nuestros

conocimientos actuales sobre esta cuestión, caben los más variados, casi incalculables, movimientos, transiciones en ambos sentidos de un plano a otro. Por lo pronto, sabemos que es posible que un movimiento se interrumpa en cualquier punto de su complicado curso en uno u otro sentido: del motivo a través del pensamiento al lenguaje interno; del lenguaje interno al pensamiento; del lenguaje interno al lenguaje externo, etc. No formaba parte de nuestro cometido estudiar los múltiples movimientos que tienen lugar a lo largo de la vía principal que va del pensamiento a la palabra. Nos interesaba tan sólo una cosa, lo fundamental y más importante: descubrir las relaciones entre el pensamiento y la palabra como un proceso dinámico, como el camino del pensamiento a la palabra, como la culminación y la encarnación del pensamiento en la palabra.

Nuestra investigación ha seguido un recorrido poco común. En relación al problema del pensamiento y el lenguaje hemos intentado estudiar sus procesos internos, ocultos a la observación directa. Hemos tratado de analizar el significado de la palabra, que para el psicólogo ha sido siempre como la cara oculta de la Luna, no estudiada y desconocida. El componente semántico del lenguaje, así como todos los aspectos internos del lenguaje orientado, no hacia fuera, sino hacia dentro, hacia la personalidad, han permanecido hasta hace muy poco como una tierra desconocida y sin explorar para la psicología. Se estudiaba preferentemente el aspecto fásico del lenguaje, que muestra ante nosotros. Por eso, todas las interpretaciones consideraban las relaciones entre el pensamiento y la palabra como relaciones entre términos constantes, sólidos e inmutables y no como relaciones de procesos internos, dinámicos y móviles. El resumen principal de nuestra investigación se concreta, por tanto, con la tesis de que procesos que se consideraba que estaban ligados de forma inmóvil y uniforme, resultaban en realidad ligados de forma móvil. Lo que antes era considerado como una estructura sencilla, ha resultado compleja a la luz de la investigación. Nuestro deseo de delimitar el aspecto exterior y semántico del lenguaje, la palabra y el pensamiento no encierra nada más que el intento de mostrar de un modo más complejo y en una relación más sutil la unidad que representa de hecho el pensamiento verbal. Su compleja estructura, sus complejas conexiones móviles y las transiciones entre los distintos planos del pensamiento verbal surgen, como muestra la investigación, únicamente en el desarrollo. La diferenciación entre el significado y el sonido, entre la palabra y el objeto y entre el pensamiento y la palabra son fases necesarias en la historia del desarrollo del concepto.

No pretendíamos agotar toda la complejidad de la estructura y de la dinámica del pensamiento verbal. Sólo queríamos ofrecer una primera idea de la enorme complejidad de esta estructura dinámica, una idea basada en datos obtenidos y elaborados en la experimentación, analizados y generalizados teóricamente. Nos queda resumir en pocas palabras la interpretación general de las relaciones entre el pensamiento y la palabra resultante de la investigación en su conjunto.

Para la psicología asociacionista, la relación entre el pensamiento y la palabra era algo externo, formada mediante la asociación repetida de dos fenómenos, similar en principio a la conexión asociativa entre dos palabras sin sentido en el aprendizaje de pares asociados. La psicología estructural sustituyó esta idea por la idea de la relación estructural entre el pensamiento y la palabra, pero dejó invariable el postulado de la falta de especificidad del tal relación, situándola a la misma altura que cualquier otra relación estructural que surgiera entre dos objetos, por ejemplo, entre el palo y el plátano en los experimentos con chimpancés. Las teorías que trataban de resolver de otro modo esta cuestión se polarizaban alrededor de dos teorías opuestas. Un polo daba lugar a la interpretación puramente behaviorista<sup>21</sup> del pensamiento y el lenguaje, que halló su expresión en la fórmula: pensamiento es lenguaje sin sonido. El otro polo lo representa la teoría idealista radical de los representantes de la escuela de Wurtzburgo y de Bergson acerca de la total independencia entre el pensamiento y la palabra y sobre las deformaciones que introduce la palabra en el pensamiento. El verso de Tiutchev, «El pensamiento expresado es una mentira» puede servir de fórmula para expresar la verdadera esencia de estas doctrinas. De aquí procede la tendencia de los psicólogos a separar la conciencia de la realidad y, empleando palabras de Bergson, rompiendo el marco de la lengua, acercarse a los conceptos en su estado natural, como los percibe la conciencia. Estas teorías descubren un punto común, propio de casi todas las teorías del pensamiento y el lenguaje: son profunda y gravemente antihistóricas. Todas ellas oscilan entre los polos del naturalismo y del espiritualismo puros. Todas ellas consideran por igual el pensamiento y el lenguaje fuera de la historia del uno y del otro.

Sin embargo, sólo la psicología histórica, sólo la *teoría histórica del lenguaje interno puede permitirnos la interpretación correcta de un problema tan complejo y transcendente*. Ese es precisamente el camino que hemos tratado de seguir en nuestra investigación. Podemos expresar en pocas palabras nuestras conclusiones. Hemos encontrado que la relación entre el pensamiento y la palabra es un proceso vivo de génesis del pensamiento en la palabra. La palabra desprovista de pensamiento es ante todo una palabra muerta. Como dice el poeta:

«Y al igual que la colmena abandonada por las abejas,  
despiden mal olor las palabras muertas»<sup>22</sup>.

Pero el pensamiento no encarnado en la palabra es una sombra, la sombra de Estigia, «una niebla, un sonido y un resplandor» como dice otro poeta. Hegel consideraba la palabra como una existencia animada por el pensamiento. Esa existencia es absolutamente necesaria para nuestros pensamientos.

La relación entre el pensamiento y la palabra no es una relación primaria, dada de una vez para siempre. Surge en el desarrollo y ella misma se desarrolla. «En el inicio fue la palabra»<sup>23</sup>. A estas palabras del Evangelio

responde Goethe por boca de Fausto: «En el inicio fue la acción»<sup>24</sup>, deseando con ello desvalorizar la palabra. Pero Gutzman señala que incluso si, de acuerdo con Goethe, no sobrevaloramos la palabra como tal, es decir como palabra sonora, y, de acuerdo con él, transformamos el versículo bíblico en «En el inicio fue la acción» cabe, no obstante, hacerlo dándole otro énfasis, considerándolo desde la perspectiva de la historia del desarrollo: «En el inicio fue la acción». Gutzman quiere significar con ello que la palabra representa la fase superior del desarrollo humano, por encima de la más elevada forma de acción. Evidentemente, tiene razón. En el inicio no fue la palabra. Primero fue la acción. La palabra está más cerca del final que del inicio del desarrollo. La palabra es el final que culmina la acción.

\* \* \*

En la conclusión de nuestro estudio no podemos dejar de dedicar unas breves palabras a las perspectivas que se abren tras él. La investigación nos conduce de lleno al umbral de otro problema, aún más amplio, aún más profundo, aún más ambicioso que el problema del pensamiento: el problema de la conciencia. Nuestra investigación ha tenido siempre en cuenta, como ya hemos dicho, el otro aspecto de la palabra que, como la cara oculta de la Luna, constituía un terreno inexplorado por la psicología experimental. Hemos intentado investigar la actitud de la palabra hacia el objeto, hacia la realidad. Hemos intentado estudiar experimentalmente la transición dialéctica de la sensación al pensamiento y mostrar que la realidad se refleja en el pensamiento de forma distinta que en las sensaciones, que el rasgo diferenciador fundamental de la palabra lo constituye el reflejo generalizado de la realidad. Pero con ello hemos tocado una faceta de la naturaleza de la palabra cuyo significado sobrepasa los límites del pensamiento como tal y que sólo puede estudiarse en toda su plenitud dentro de un problema más general: la palabra y la conciencia.

La percepción y el pensamiento disponen de diferentes procedimientos para reflejar la realidad en la conciencia. Estos distintos procedimientos suponen diferentes tipos de conciencia. Por eso, *el pensamiento y el lenguaje son la clave para comprender la naturaleza de la conciencia humana*. Si el lenguaje es tan antiguo como la conciencia, si el lenguaje es la conciencia que existe en la práctica para los demás y, por consiguiente, para uno mismo, es evidente que la palabra tiene un papel destacado no sólo en el desarrollo del pensamiento, sino también en el de la conciencia en su conjunto. Las investigaciones empíricas muestran a cada paso que la palabra desempeña ese papel central en el conjunto de la conciencia y no sólo en sus funciones aisladas. La palabra representa en la conciencia, en términos de Feuerbach<sup>25</sup>, lo que es absolutamente imposible para una persona y posible para dos. Es la expresión más directa de la naturaleza histórica de la conciencia humana.

La conciencia se refleja en la palabra lo mismo que el sol en una pequeña gota de agua. La palabra es a la conciencia lo que el microcosmos al

microcosmos, lo que la célula al organismo, lo que el átomo al universo. Es el microcosmos de la conciencia. La palabra significativa es el microcosmos de la conciencia humana.

## Notas de la edición rusa

<sup>1</sup> *Agustín (San)* (354-430). Teólogo cristiano, canonizado por la iglesia católica. En filosofía, neoplatónico, precursor de algunas de las ideas de Descartes.

<sup>2</sup> *René Descartes* (1596-1650). Filósofo, psicólogo, matemático y fisiólogo francés. Vygotski se ocupa de analizar la doctrina de Descartes en su último manuscrito inacabado *Teoría de las emociones (Doctrina de Spinoza y Descartes sobre las pasiones a la luz de la moderna psiconeurología)* (incluida en el tomo sexto de estas *Obras Escogidas*).

<sup>3</sup> *Lüdwig Uhland* (1787-1862). Poeta romántico alemán. Se trata del prólogo a su drama histórico *Ernst Herzog von Schwaben* (1818).

<sup>4</sup> *Hermann Paul* (1846-1921). Filólogo alemán. Fue uno de los maestros de la denominada corriente de la nueva gramática en filología.

<sup>5</sup> *Wilhelm Humboldt* (1767-1835). Filólogo, filósofo y hombre de estado alemán. Fundador de la escuela de la lingüística histórica que, a través de A. A. Potebniá, ejerció gran influencia en Vygotski.

<sup>6</sup> *Vladimir Mijáilovich Bétjerev* (1857-1927). Psicólogo, psiquiatra, neuropatólogo, fisiólogo y morfológico ruso. Fundador de la reflexología.

<sup>7</sup> *Iván Mijáilovich Séchenov* (1829-1905). Fisiólogo y psicólogo ruso. Desarrolló con precisión la teoría de la interiorización. Vygotski, lo mismo que la mayoría de los psicólogos de la segunda década de nuestro siglo, no supo valorar el significado de las ideas de Siéchenov para la psicología, aunque conocía sus obras principales.

<sup>8</sup> *Kurt Goldstein* (1878-1965). Neurólogo alemán. Especialista en afasias y alteraciones visuales.

<sup>9</sup> *Liev Petróvich Yakubinski* (1892-1945). Lingüista e historiador de la literatura ruso.

<sup>10</sup> *Ievgueni Dimítrievich Polivánov* (1891-1938). Orientalista y lingüista ruso.

<sup>11</sup> *Gabriel Tard* (1843-1904). Sociólogo y criminalista francés. Autor de una de las primeras concepciones psicosociales centradas en el individuo. Según Tard, la ley principal de la vida social es la imitación.

<sup>12</sup> *Fiódor Mijáilovich Dostoievski* (1821-1881). Escritor ruso. Su obra ejerció profundísima influencia en Vygotski desde sus años juveniles (véanse sus «Comentarios» en *Psicología del arte*, 1968). En 1913-1914, Vygotski escribió un estudio sobre Dostoievski. El manuscrito se perdió.

<sup>13</sup> El ejemplo de F. M. Dostoievski, así como el siguiente de G. Uspienski, están tomados del libro de A. G. Gornfeld: *Tormentos de la palabra* (San Peterburgo, 1906), que Vygotski estudió cuando trabajaba en la *Psicología del arte*.

<sup>14</sup> *Liev Vladimirovich Scherba* (1880-1944). Lingüista, historiador de la literatura y académico soviético. Especialista en lingüística general y en lenguas eslavas y romances. Creador de la escuela fonológica de Leningrado. Discípulo de Baudoin de Courtenay.

<sup>15</sup> *Apercepción*. Término introducido por G. W. Leibniz. Comprensión de las impresiones que aún no han llegado a la conciencia. E. Kant: unidad de las ideas en la conciencia (Leibniz). En la psicología científica, el concepto de apercepción ocupó un lugar central en el sistema de W. Wundt, para quien significaba la comprensión de lo percibido, su integridad y dependencia de la experiencia anterior. En semejante interpretación esta idea se relaciona con las ideas de la Gestalt, del objetivo, etc.

<sup>16</sup> *Frederic Paulhan* (1856-1931). Psicólogo francés. Se ocupó de las cuestiones de la psicología de los procesos cognoscitivos (concretamente del pensamiento, la memoria y el lenguaje) y de la psicología de los afectos. Vygotski utilizó los trabajos de Paulhan sobre psicología del lenguaje.

<sup>17</sup> *Glieb Ivánovich Uspienski* (1843-1902). Escritor ruso demócrata-revolucionario.

<sup>18</sup> La cita, tomada de la poesía de A. A. Fiet, constituye un caso de doble cita extraída por Vygotski del libro de V. N. Voloshinov: *El marxismo y la filosofía del lenguaje* (Moscú, 1930).

<sup>19</sup> Cita del poema de N. Gumiliov *La palabra*.

<sup>20</sup> *Velemir Jlébnikov* (Viktor Vladímirovich) (1885-1922). Poeta futurista ruso. Creó nuevas palabras (entre ellas la palabra *liótcnik* [piloto]).

<sup>21</sup> *Conductismo o behaviorismo* (término introducido por J. Watson), literalmente «ciencia del comportamiento». Corriente principal de la psicología de los Estados Unidos, surgida a comienzos del siglo xx (su creador fue E. Thorndike) y predominante en la actualidad. Nació en lucha contra la psicología empírico-subjetiva, que reconocía únicamente el método de la introspección. El behaviorismo se contrapuso a ella como corriente objetiva, que trataba de estudiar mediante métodos objetivos los procesos objetivos, el comportamiento. Vygotski conocía sólo el modelo clásico, watsoniano de behaviorismo, que incluía el famoso esquema: estímulo-respuesta. En la segunda década del siglo, la influencia del behaviorismo en la psicología soviética era muy grande y por eso Vygotski se vio obligado con frecuencia (a pesar de la total contradicción entre su teoría y el behaviorismo) a utilizar la terminología behaviorista para expresar sus ideas. Así es como surge en 1930 su esquema triangular, que relacionó directamente con el esquema estímulo-respuesta del behaviorismo clásico (véase *El método instrumental en psicología*, en el tomo primero de estas *Obras Escogidas*). Al cabo de varios años alcanzó reconocimiento el neobehaviorismo, desarrollado por E. Tolman y S. Hall, donde el binomio estímulo-respuesta del behaviorismo clásico fue sustituido por un esquema de tres términos (el eslabón intermedio, central refleja el estado interno del sujeto). No obstante, a pesar de la semejanza externa entre el esquema triangular de Vygotski y el esquema de tres términos de los neobehavioristas, en realidad, la metodología de ambos es básicamente distinta.

<sup>22</sup> Es un caso de doble cita, existen fundamentos para suponer que Vygotski no la tomó directamente de la poesía de Gumiliov, sino del artículo de O. E. Mandelshtam «Sobre la naturaleza de la palabra». La cita sirvió de epígrafe a la primera edición del citado artículo (1922), publicado en folleto aparte, y fue suprimida en las ediciones posteriores.

<sup>23</sup> «En el inicio fue la palabra». *Biblia: Génesis*, 1.

<sup>24</sup> «En el inicio fue la acción». J. W. Goethe. *Fausto*, primera parte. «Despacho de Fausto».

<sup>25</sup> *Ludwing Feuerbach* (1804-1872). Filósofo alemán. Vygotski conocía bien su obra y la tuvo en alta estima. Consideraba que las ideas de Feuerbach pueden servir de punto de partida para construir la psicología materialista marxista (véase *El significado histórico de la crisis de la Psicología*, en el tomo primero de estas *Obras Escogidas*).